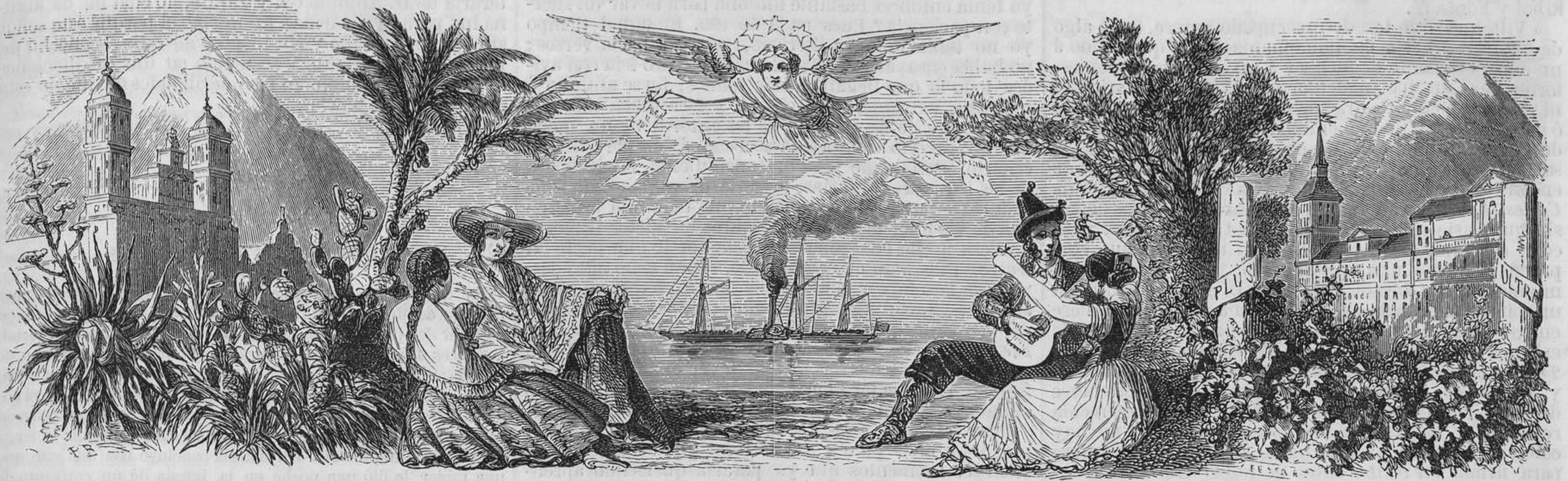


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 19.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio Gil y Zárate. — Historia de la semana; grabado. — Letrilla. — Expedicion salida en busca de John Franklin (1851-1852); grabados. — David Swan; cuento americano. — Bernardo; historia para cazadores. — Marruecos; grabados. — Bibliografía; animales célebres. — Revista de la Moda. — Catástrofe causada por una avalancha; grabado.

Poetas españoles contemporáneos.

D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

Voy á hacer un esfuerzo gigantesco en obsequio de los suscritores del *Correo de Ultramar*. Si no estuviésemos en época tan avanzada y yo tuviera la presuncion de ser un ente sobrenatural, diria que iba á hacer un milagro; porque, realmente, lo que voy á hacer hoy es una cosa sin ejemplo, que se resiste á mi voluntad, pugna con mi razon y rompe en mi existencia literaria el hilo de un hábito que habia ya casi llegado á ser una necesidad. En una palabra, señores, voy á hablar de D. Antonio Gil y Zárate, lo que no tiene nada de sorprendente; pero voy á hablar con formalidad, lo que es verdaderamente maravilloso.

Digo esto porque, como sabrán tal vez algunos de los que lean estas líneas, hace ya muchos años que D. Antonio Gil y Zárate ha sido para mí un objeto permanente de zumba, sin que yo mismo pueda darme la explicacion de esta especie de monomanía. No es porque yo haya tenido nunca odio ó mala voluntad á dicho señor, ni porque él me haya dado motivo personal para hacer de su sombra una interminable pesadilla, y diré mas; no sé á punto fijo en qué época ni por qué razon concebí la caprichosa idea de referirme á este hombre con preferencia á otro en la mayor parte de mis sátiras y en todas mis conversaciones; pero lo que puedo asegurar es, que mucho ántes de publicarse en Francia los *Misterios de Paris*, habia yo representado en Madrid con D. Antonio Gil y Zárate aquellos raros episodios de



Casa de Don Juan en Sevilla.

Cabron y Pipelet que tanto han llamado la atención en la célebre novela de *Eugenio Sue*. Me parece conveniente decir esto para que no se crea que yo, amante de la originalidad, he parodiado al pintor de los *Misterios*, y en prueba de que mis pasatiempos, por decirlo así gilizaratescos, son muy antiguos, citaré aquí lo que hablando de mi humilde persona decía hace más de diez años mi amigo, el excelente escritor D. Antonio Ribot y Fontseré.

« Villergas, que tan despreocupado parece, tiene algo de fatalista y hasta de monomaniaco, lo que unido á un deseo constante de lucha y á un genio de demonios, forma de él un tipo particular que ni ha tenido original ni probablemente tendrá copia como no sea en el cielo ó en el infierno. Su monomanía es singular: la sombra de Gil y Zárate le persigue como un remordimiento, y sabe por experiencia que el día que tiene la desgracia de encontrarse en la calle ó en otra parte con el autor de *Carlos II*, todo le sale mal, todo al revés de lo que desea, sin que baste ninguna probabilidad para hacerle concebir esperanzas de buen éxito en una cosa que emprenda. No teme una maldición de gitano y teme una mirada de Gil y Zárate. Ha visto á D. Antonio; entra en un billar, toma bola para jugar una guerra, y muere en tres tacadas aunque lleve detrás un chambrón que dé en cada tacada una pifia.... Hasta que han pasado 24 horas, cada declaración amorosa le vale una calabaza, y en todo este tiempo, funesto para él, ha de abstenerse de escribir si no quiere comprometer su bien merecida reputación. Tan convencido está de esto, que no hay editor que pueda hacerle tomar la pluma ni siquiera para firmar un recibo antes de haber transcurrido las 24 horas. Así es que mi amigo para evitar un encuentro con Gil y Zárate, que tiene para él tan fatales consecuencias, no acostumbra á salir de casa sino las horas en que sabe que el buen D. Antonio tiene obligación de estar en la oficina. »

No digo yo que sea verdad todo lo que en este párrafo afirma mi amigo Ribot, pero poco menos. Lo que no admite duda es que entre D. Antonio Gil y Zárate y el que estos renglones escribe, ha habido durante muchos años una especie de atracción que de seguro no merece el nombre de simpatía, y que solo puede explicarse por el efecto de las electricidades contrarias, acerca de lo cual habría mucho que decir; pero lo dejo para otra ocasión, porque no quiero quebrantar hoy el extraño propósito que he hecho de hablar seriamente, tratándose de D. Antonio Gil y Zárate. Basta de preámbulo y vaya de cuento.

Era, señores, el año de 1834 cuando yo, pobre castellano viejo, nacido y criado en una aldea, y concibiendo sin saber por qué esperanzas de un porvenir más oscuro que el que me amenazaba en el campo, tomé el tole hacia la capital de España, donde al cabo de treinta meses de increíbles fatigas obtuve el empleo de último meritorio en la contaduría de Rentas de la provincia de Madrid; magnífico destino que me proporcionaba el gusto de pasar seis horas de día y tres de noche en una oficina, trabajando como un negro en copiar informes y oficios, estender cargarémes, hacer asientos en los libros de contabilidad, y todo esto con la doble satisfacción de no cobrar un maravedí por mi trabajo; circunstancia que hasta cierto punto lisonjaba mi vanidad, porque si mi empleo no era de los más importantes, tenía la ventaja de ser de los menos gravosos á la nación. A esta ganga, que así llamamos en Castilla á todo golpe de buena fortuna, uni pronto la de ser miliciano nacional, lo que me proporcionó la dicha de tener que comprar el uniforme y el sable, ir todos los domingos á hacer el ejercicio á la pradera del canal y pasarme cada vez que entraba de guardia algunas horas de centinela en aquel clima tan benigno que hace sudar el quilo en verano y es capaz de exterminar á todos los ejércitos del Norte en algunas noches de invierno. Eso sí, como nos hallábamos en tiempo de guerra y cuando no había jarana en la corte se acercaban los facciosos lo bastante para autorizar el estado de sitio, tenía yo como miliciano la ventaja de que en las faltas de disciplina me tratasen con todo el rigor de la ordenanza; de modo que si fumaba ó me dormía hallándome de centinela, si se me olvidaba la consigna, si cumplía, en fin, tarde ó mal con cualquier acto del servicio, sabía que no podía faltarme alguna condena de recargo en las guardias, dos ó tres meses de arresto ú otras cosas que una vez ocurridas nos quitan hasta el humor de contarlas. En cambio de todo esto, cuando llegaban las elecciones de oficiales nadie pensaba en mi humilde persona á pesar de haber yo sido siempre uno de los patriotas más ardientes, y todo por la maldita circunstancia de ser empleado y engordar á costa de la nación, como me decían mis camaradas. Pero voy á dejar este asunto, no digan mis lectores que falto á mi promesa de hablar con formalidad, y tendrán razón en decirlo, puesto que en lugar de juzgar á D. Antonio Gil y Zárate como poeta, estoy haciendo mi biografía. ¿Que quieren ustedes? En los momentos en que un hombre como yo ha de hablar de las obras de un hombre como Gil y Zárate, desaparece de la cabeza esa facultad que los frenólogos llaman *concentratividad* y abundan las digresiones, porque es casi imposible coger el cabo en la enmarañada madeja de las ideas.

Sin embargo, debo manifestar que nada de lo que llevo dicho carece de objeto, antes al contrario, sirve de utilísima introducción al asunto que motiva este artículo.

Mis lectores comprenderán muy bien que no teniendo yo bienes de fortuna ni contando con más esperanzas que las que legítimamente debía fundar en mi empleo,

no tendría mucho dinero de sobra para ir al teatro. Harto haría con mantenerme y vestirme, cosa que sin duda logré, puesto que lo cuento, aun que yo mismo no podría hoy explicar de que manera pasé mis primeros años en la corte. Solo recuerdo, y esto bastará para tranquilizar á ustedes, que nunca falté á los sagrados deberes de un hombre honrado. Pero ¿se creará, al ver la serenidad con que relato mis tristes aventuras, que yo tenía entonces bastante filosofía para llevar mi suerte con paciencia? Pues nada de eso. En aquel tiempo yo no tenía nombre literario, pero ya hacia versos; no había ensayado la tarea de crítico, pero leía con avidez todo lo que llegaba á mis manos, fuese antiguo ó moderno, extranjero ó nacional, y formulaba mi opinión acerca de las obras y de los autores de un modo que no pareció siempre des acertado á las personas de criterio. Hallábame yo, por consiguiente, en la época de las ilusiones literarias, prefería un romance de Quedo á un pavo relleno; recitaba de memoria las letrillas de Breton; devoraba las obras de Víctor Hugo, y hubiera hecho cualquier sacrificio por ir una noche al teatro. Todo pasa en este mundo. Seis ú ocho años después de la temporada á que me refiero, había yo hecho algún ruido con razón ó sin ella; gracias á la celebridad que alcancé con justicia ó sin ella, tenía entrada libre en todos los teatros de la capital, y á pesar de esto me pasaba cuatro ó seis meses sin ver una función, prefiriendo estar en el café del Iris hablando con mis amigos de cualquier cosa que no fuera literatura.

Pero volvamos á los días de la ilusión y del infortunio, y en ellos pido á mis lectores que consideren los amargos momentos que yo pasaría queriendo aprender algo y careciendo de recursos, deseando ir al teatro y siéndome totalmente imposible por la pereza de no tener dinero. Un día principalmente subió de punto en mí este deseo: mis compañeros de oficina hablaban de un drama nuevo que había logrado un éxito asombroso, y contaban acerca de este drama cosas que partían el corazón. Verdad es que el relato de todas aquellas cosas llegaba á mis oídos algo desfigurado, y aunque hubiera sido fiel y pintoresco, yo no debía deducir la bondad literaria de la obra por el efecto que había producido á mis compañeros, pues es bien sabido que los empleados, y sobre todo los empleados de rentas, no suelen ser los hombres más á propósito para apreciar los quilates de la belleza en la esfera del arte, pero, sin embargo, yo prescindía de la competencia de los votos que tanto encarecían la bondad de la obra, y solo pensaba en el vehemente anhelo de verla y de juzgarla por mí mismo.

Ya es hora de decir que el drama en cuestión se titulaba: *CÁRLOS II EL HECHIZADO*, y que su autor era D. Antonio Gil y Zárate.

Esta fué la vez primera que resonó en mis oídos este nombre que debía después durante muchos años atormentarme como el zumbido eterno de una campana; y debo confesar que el día en que por primera vez oí pronunciar el susodicho nombre, no fué desgraciado para mí, pues á poco rato fuí llamado por el jefe de la oficina el cual después de alabar mi capacidad, mi aplicación y otras relevantes prendas que según él hacían esperar en mí un empleado inteligente y laborioso, me elevó á la categoría de escribiente con el sueldo de mil quinientos reales anuales, lo que da próximamente seis duros al mes ó, lo que es lo mismo, una peseta diaria. A la verdad este sueldo después de tantos piropos hubiera parecido un insulto á otro cualquiera; pero á mí, en la situación que atravesaba, me pareció una canongía. ¡Bravo! dije para mí capote: ya no tendré que esperar más que treinta días para llegar á la satisfacción de aquellas esperanzas que ántes me parecían quiméricas. Dentro de un mes cogeré la mesada, compraré algunas cosas que me hacen falta, daré algo á mi patrona á cuenta de lo que la debo y; sobre todo! iré á ver el *CÁRLOS II* de D. Antonio Gil y Zárate.

Por muy acostumbrado que esté uno á manejar el pincel, hay cosas que nunca alcanza á pintar sino de un modo imperfecto, y entre ellas coloco yo la ansiedad que pasé desde que me señalaron el mencionado sueldo hasta que recibí la primera paga; todo porque no pudiendo refrenar mi natural impaciencia, y contando con la partida mensual de ingresos, había apurado los recursos del álgebra para hacer mi presupuesto de gastos. Durante los días que mediaron del primero al veinte del mes pensé en dicha paga; desde el veinte al veinticinco soñé con ella de noche, y desde el veinticinco al treinta dejé de soñar porque no pude dormir. Ya se acercaba el término de mis males; ya iba á tocar el logro de mis deseos; pero.... ¡infausta noticia! la víspera del día en que yo debía poner por primera vez mi firma en la nómina, encontré las esquinas de la capital adornadas con este cruel anuncio: *TEATRO DEL PRÍNCIPE: Hoy día tantos etc.*, á las 7 1/2 de la noche, *última representación* (por ahora) del aplaudido drama en cinco actos y en verso, original de D. Antonio Gil y Zárate, titulado: *CÁRLOS II EL HECHIZADO*.

Esta funesta noticia fué para mí desgarradora. Desde aquel momento dejé de pensar en mi paga, y hasta creo que en mi desesperación hubiera agradecido que me volvieran á la clase de meritorio. Por fin recibí la mensualidad, y ya que no me fuese posible ir al teatro por entonces á ver el mencionado drama, fui volando á comprar un ejemplar en la librería de Cuesta para leerlo en mi casa, lo que conseguí á costa de un par de pesetas, esto es, á costa de lo que la nación me abonaba por el trabajo de dos días como funcionario público.

Escuso decir que leí el drama, que algún tiempo después llené mi deseo de verlo representado, y que me pa-

reció.... Pero lo que me pareció no puede decirse en pocas palabras, porque aunque sería muy breve el decir que me pareció bien ó que me pareció mal, las razones en que debo apoyar el concepto que formé de la obra exigen alguna extensión á mi discurso y un poquito de calma á mis lectores. Baste por ahora lo dicho, aunque solo sea para saber de que modo tan particular hice yo conocimiento, no con la persona, sino con la entidad literaria de D. Antonio Gil y Zárate, lo cual me da alguna luz para explicarme á mí mismo el porqué este señor sin causarme daño y sin inspirarme odio, ha hecho un papel tan importante y sostenido en mis meditaciones ó, si ustedes quieren, en las puerilidades de que no está exento ningún mortal.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

En uno de nuestros pasados números, al hablar de la obra maestra de Mozart intitulada *Don Giovanni*, tuvimos ocasión de decir dos palabras sobre el héroe de esta creación inmortal. Entonces dijimos que la crónica de Sevilla hace mención de ese libertino que robó la hija del comendador Gonzalo de Ulloa, y atravesó de una estocada al padre; pero la influencia y el poder de Don Juan pudieron tanto, que las leyes no tuvieron fuerza contra él, y ni aun siquiera lograron contener la larga serie de sus iniquidades. La historia concluye con una cita que una mujer le dió una noche en la iglesia de un convento de franciscanos, donde entró y no volvió á salir, suponiéndose que los frailes le mataron, para vengar la muerte de su bienhechor Gonzalo de Ulloa. Los religiosos divulgaron la noticia de que Don Juan había ido á insultar á la estatua del comendador que se hallaba sobre su sepulcro, y que la tierra se le había tragado, y para dar más crédito al milagro, uno de los frailes (Tirso de Molina) compuso un drama intitulado *el Convidado de piedra*, una de las obras más conocidas de nuestro repertorio clásico.

Hoy recordamos esto á nuestros lectores, porque vamos á transcribir aquí una noticia explicativa del grabado que damos al frente de este número, tomada de la *Gaceta ilustrada* de Leipsick, y que representa nada menos que la casa que habitó en Sevilla ese célebre libertino llamado Don Juan, inmortalizado por Mozart. El articulista alemán cuenta el descubrimiento en estos términos:

« Llegué á Sevilla el 2 de agosto de 1852, y lo primero que quise ver fué la Giralda, porque era lo que más me interesaba en mi cualidad de arquitecto. Al pié de esta hermosa torre, la más alta de cuantas hay en España, se extiende una ancha plaza triangular, donde me senté en un puestecillo de agua para guarecerme de los rayos de un sol abrasador. Apénas había estado un corto rato á la sombra cuando se acercó á mí un hombre, que se puso á explicarme todos los pormenores de la famosa torre, ofreciéndose al mismo tiempo á enseñarme todas las curiosidades de la ciudad, lo que acepté con sumo gusto, y en efecto, á la otra mañana nos pusimos á recorrer las tortuosas calles de Sevilla, en que cada casa parece recordar una aventura de los tiempos caballerescos.

« Mi *cicerone* era un exclaustro que colgó los hábitos cuando la supresión de las comunidades religiosas en España, por cuyo motivo me extraño muchísimo al notar en él ciertos modales, sobre todo con las mujeres á quienes echaba sendos requiebros, siempre que la ocasión se presentaba.

« Al ver esto, no pude menos de preguntarle, cómo podía conciliar su profesión eclesiástica con aquel aire de Don Juan que solía tomar de cuando en cuando.

— « Todo buen sevillano, me contestó, debe saber imitar á un compatriota tan amable.

— « ¿Con qué Vd. se halla persuadido de que Don Juan nació efectivamente en Sevilla? le dije.

— « Tan convencido de ello estoy, me respondió, que si Vd. quiere, le voy á indicar al instante la casa en que Don Juan ha vivido.

« Aunque yo siempre he considerado el personaje de Don Juan como un mito creado por la imaginación del pueblo, como un mito semejante al de Hércules entre los griegos, y al de Fausto entre los alemanes, sin embargo me apresuré á seguir ansioso los pasos de mi *cicerone*. Llegamos á la extremidad del paseo llamado la *Alameda vieja*, y volviendo á la derecha entramos en la plaza de la Feria, donde mi exclaustro me señaló en un rincón, detrás del coro de una iglesia, la habitación que fué residencia en otro tiempo del ideal de la galantería española.

« Al punto dibujé en mi álbum esta casa curiosa, con su fachada y su balcón, con sus ladrillos amarillos y rojos alternativamente, que presentaba todas las disposiciones de un palacio moro, aunque en sus detalles arquitectónicos se dejaba ver claramente aquel período (á principios del siglo XV) en que los españoles tuvieron la ocurrencia de casar la arquitectura de los moros con las formas del estilo gótico, mezcla rara, sin duda, pero que muchas veces produjo efectos pintorescos.

« La casa en cuestión pertenece á la familia Montijo y Teba. »

Concluyamos con dos palabras más para acabar de explicar nuestro grabado. A la derecha de la puerta principal se ve un cajón de madera, donde se paga un derecho á la ciudad por los artículos que van al mercado, y pegado á él hay un tío que vende romances. A la derecha está un hortelano vendiendo calabazas enormes, y no lejos de allí se ve por detrás el coro de la iglesia de Todos los Santos, construida en un sitio donde hubo un panteón cuando la dominación romana, y después se cambió en mezquita, hasta el año 1356 que recibió la forma que tiene actualmente; sin embargo, por arriba se descubre su origen moruno.

Pasémos ahora á nuestra crónica parisiense.

El miércoles último, una de las notabilidades de la alta sociedad financiera daba un espléndido baile en sus regios salones que ocupan todo el primer piso de una casa situada en el punto más céntrico de París.

En el entresuelo de esa misma vive una joven forastera de costumbres elegantes y aristocráticas, pero que por desgracia cuenta con muy pocos conocimientos entre la gente cuya amistad desea. De aquí proviene que sus salones están siempre desiertos, en tanto que los del primer piso reúnen esa escogida sociedad que tanto codicia nuestra forastera. Inútil es decir que el primer piso se burla del solitario entresuelo, llegando el desprecio hasta tal punto, que ni siquiera por cumplimento le envió una esquelita de convite para la fiesta del miércoles.

Esta falta de política justifica hasta cierto punto las represalias. El entresuelo dirigido por una señora tan inteligente como bonita, encontró bien luego el medio de vengarse.

Así pues, el miércoles último, mientras el cuarto principal se engalanaba con flores y con luces para su prometida fiesta, el entresuelo hacia iguales preparativos, pero sin ruido, sin que el celoso vecino lo notara. A las nueve de la noche se abrieron las puertas, y los que iban llegando a casa del rico banquero, detenidos al paso, viendo que la fiesta era en el entresuelo, entraban naturalmente, unos por distracción, otros porque ignoraban la casa, y todos figurándose de buena fe que se daba allí la fiesta á que estaban convidados.

La señora del entresuelo recibía á sus huéspedes con mucha amabilidad y gracia, á fin de que estos no conociesen el error, y después de los cumplimientos de costumbre, sabía comprometerlos diestramente á bailar una polka ó á sentarse á una mesa de juego. Dos ó tres amigas que se hallaban con ella, la ayudaban en estas pérdidas maniobras.

Aquellos que buscaban á la señora del primer piso y que no la veían, creían que vendría después, y que entretanto la suplía la que les estaba haciendo los honores de la fiesta. Cuando había algún osadío que la preguntaba por la otra, ella daba una respuesta evasiva, con la distracción natural de una dueña de casa que tiene que pensar en tantas cosas; y si había otros que notando su error, la saludaban cortesmente y se disponían á la retirada, les respondía de un modo tan amable, y sabía comprometerles de tal suerte, que toda resistencia era imposible.

De todos modos, en honor de la verdad debemos decir aquí que á nadie le pesaba el haberse equivocado.

Entretanto el primer piso era un desierto. Las pocas personas que no habían caído en el lazo se perdían por aquellos vastos aposentos adornados con las mil maravillas que sabe crear para esas fiestas la civilización parisiense.

La señora de la casa, sin saber lo que aquello quería decir, exclamaba con un despecho mal disimulado:

— ¡Parece imposible lo que nos sucede! ¡Hemos convidado á más de quinientas personas, y apenas han venido dos docenas!

— Sí, parece imposible, respondía el marido.
— Aquí debe haber algo.
— ¿Qué es lo que puede haber?
— No sé, pero creo firmemente que no es la casualidad la que hace esto.

— No veo que motivo pueda haber, continuaba el marido. En casa no hay ninguna epidemia, y lejos de haber perdido hoy en la Bolsa, lo que quizás podía haber disminuido las atenciones que me tienen, ha ganado mucho, y me parece que mis amigos debían venir siquiera á felicitarme.

Sin embargo, después de muchas suposiciones y conjeturas, se concluyó por saber lo que había en el asunto.

Algunos de los engañados del entresuelo subieron al piso principal, y cuando les reconviniéron por su tardanza, llegaron las explicaciones.

— ¿Qué han hecho Vds. hasta ahora, para venir tan tarde?
— Hemos estado abajo.
— ¿Cómo, abajo?
— Sí; ¿no sabe Vd. que también hay baile en el entresuelo?

— ¡Ah! sí; respondió desdeñosamente la del primer piso; me parece que he oído rascar un par de violines. ¿Y á eso llama Vd. baile?

— Ciertamente; y añadiré á Vd. que la fiesta está brillantísima; reina en ella un buen gusto, una elegancia, vamos, es imposible imaginar nada más escogido.

— Pero de veras, ¿han entrado Vds. en el entresuelo?
— Sí, señora, por inadvertencia. Y no hemos sido los solos; pues hemos visto allí á casi todos los que componen su tertulia de Vd., que sin duda también se han engañado.

— ¡Ah! al fin caigo en la cuenta.

Al despecho sucedió una violenta indignación que casi rayaba en el delirio. Los que habían provocado aquella tormenta quisieron calmarla, diciendo que los demás convidados harían probablemente lo que ellos habían hecho, en cuanto reconociesen su error; pero no fué así, pues apenas subió media docena de personas después de transcurrir mucho tiempo.

Los que iban entrando azuzaban más y más la irritación de la señora del primer piso, principiando por contar su engaño para disimular la falta, y concluyendo por hacer un pomposo elogio del baile del entresuelo.

Estos elogios eran una terrible crítica para el otro baile que estaba tan triste y abandonado, como el primero estaba concurrido y alegre.

Dieron las dos de la mañana; ya todas las esperanzas de conquistar á los desertores se habían perdido; varios de los que habían subido querían volver al entresuelo; otros manifestaban deseos de volverse, y por último todos ellos se morían de fastidio y de aburrimiento.

La señora del rico banquero no pudo contenerse más; la exasperación había llegado á su colmo, y olvidando todas las consideraciones, ciega de cólera, quiso vengarse de su afrenta, y bajó fuera de sí al entresuelo.

Aquello fué un golpe de teatro. La muchedumbre se abrió, dejando paso á aquella reina ultrajada, que llevaba erguida su hermosa frente coronada de diamantes, y que á los pocos pasos

se encontró frente á frente con su astuta rival. Un silencio profundo reinó súbitamente en la asamblea. Todo el mundo se quedó inmóvil y atento, pues nadie quería perder nada de aquel incidente que se anunciaba de un modo tan dramático.

— ¿Con qué Vd. da bailes á mi costa? ¿Con qué es Vd. la que me quita mis convidados?

Y este preámbulo se desarrolló en un torrente de palabras acerbos y furiosas.

La del entresuelo permaneció digna y serena, se aprovechó de todas sus ventajas, y respondió con graciosa ironía, que ella no tenía la culpa de que se hubiesen equivocado los convidados.

— ¿Cómo, equivocarse?

— Sí, siento mucho el que Vd. se haya llevado chasco; pero no puedo sentir el haber recibido en mi casa á una sociedad tan selecta, ni me creo culpable porque esta agradable concurrencia haya encontrado en ella el placer y la alegría.

Todo esto fué dicho con una graciosa sonrisa, que debía contrastar necesariamente con el tono violento de la que había venido á interrumpir la fiesta.

Después, para cortar en este punto el lance, la señora del entresuelo hizo una seña á sus criados, y se abrieron las puertas de un comedor donde se veía una mesa puesta con un lujo inusitado; entonces la joven victoriosa dijo á su rival:

— Disimúleme Vd., que la deje; voy á hacer los honores de la cena á mis convidados.

Al decir estas palabras hizo una profunda reverencia, aceptó la mano que le ofrecía uno de los más asiduos al primer piso, y pasó al comedor en medio de los lisonjeros murmullos de los asistentes que todos la seguían.

La mujer del banquero completamente vencida, se volvió á su casa, á deplorar la falta que había cometido, poniéndose en evidencia como se había puesto.

Y con esta historia que damos por verdadera, pues la tomamos de una crónica de salones que rara vez se engaña, concluyen los cuentos, descripciones y anécdotas de los bailes de invierno. De mayo hasta setiembre, si París baila no es en jardines improvisados entre cuatro paredes, sino en verdaderos jardines, que ya recorreremos alguna vez, con flores y fuentes verdaderas.

MARIANO URRABIETA.

1º de mayo de 1853.

Letrilla.

De la mujer no se alcanza
Buena fe en ninguna edad;
En todas hay esperanza,
En muy pocas caridad;
La que se llama inocente,
Miente.

Militar austero y grave,
Llegar puede al heroísmo
El hombre que no se alabe;
Pero si el tal á sí mismo
Se da el nombre de valiente,
Miente.

El albañil que, marrajo,
Aunque le falte la sopa,
Nos diga que á su trabajo
Va sin echarse una copa
De aniseta y aguardiente,
Miente.

El que por amor al cobre
(Sea inglés ó maragato)
Goce en ultrajar al pobre,
Y diga luego insensato
Que obra como hombre prudente,
Miente.

El que por comer almóndigas
Nos sube el pan en abril,
Diciendo: que no hay alhondigas,
Ni lloverá en años mil,
Y se perdió la simiente,
Miente.

El empleado que ostenta
Desinterés, y severo
Nos dice que se contenta
Solo con ser archivero,
Pudiendo ser intendente,
Miente.

Segun ayer se explicó
Un pedante ciudadano,
Quien no teniendo reló
Se atreve á decir ufano:
« Yo soy persona decente, »
Miente.

El que ronda con afán
A la novia, y en su pecho
Nos dice que arde un volcan,
Cuando está de pié derecho
Pegando diente con diente,
Miente.

El que quiere hacernos creer
Que dama que está en estado
De agradar ó merecer,
Teniendo el corsé apretado
No se aguanta aunque rebiente,
Miente.

Cesante sin propia renta
Que, por orgullo quizá,
Do quiera que se presenta
Dice y jura que no está
Su estómago trasparente,
Miente.

Huésped joven que, bramando
Porque mal trato recibe,
Diga que está deseando
Dejar la casa en que vive,
Si hay buena vecina en frente,
Miente.

Cuando al jugar, con doblez,
Grita el tío Juan, que es un línce:
« ¡Quién mete dos saca diez!
« ¡Quién mete tres saca quince!
« ¡Y así sucesivamente!..... »
Miente.

Y, en fin, cualquiera doncella
Si es su cútis aplomado
Para desventura de ella,
Que diga haber encontrado
Espejo que la contente,
Miente.

J. M. VILLER GAS.

Expedición

SALIDA EN BUSCA DE SIR JOHN FRANKLIN (1854-1852),
MANDADA POR W. KENNEDY.

El teniente de navío Bellot que, con autorización del gobierno francés formó parte de esta expedición, y que acaba de ser autorizado nuevamente á ingresar en la que ha salido de Inglaterra, ha tenido á bien comunicarnos los dibujos que trajo de su primer viaje. El texto que los acompaña procede también de la misma mano:

« Esta expedición, sin importancia quizás por la grandeza de sus descubrimientos, es sin embargo interesante por las circunstancias que la han acompañado. Desde luego abre una nueva era en la serie de viajes á las regiones árticas, si se considera como se hicieron los viajes por tierra en una época del año en que las expediciones anteriores no solían abandonar sus campamentos, y por último, hace época en la historia geográfica bajo el punto de vista de la nacionalidad francesa, porque uno de sus oficiales de marina ha tomado parte en los peligros y trabajos de una exploración completa á los mares polares.

« Creemos necesarias unas pocas líneas para dar á conocer á nuestros lectores el estado de las cosas en el momento de la salida de la expedición. El capitán (hoy almirante) Franklin tenía órdenes para ir á reconocer el cabo Walker en el estrecho de Barrow; y después, dirigiéndose al Sur ó Sudoeste, sin entrar más en el Oeste, debía tratar de llegar á la costa Norte de la América.

« Las últimas noticias recibidas de su expedición son del 26 julio de 1845, época en que tenía víveres de todas clases para tres años, sin contar los recursos que aquellos navegantes podían hallar por su camino. El *Erebus* y el *Terror* se hallaban entonces en lo alto de la bahía de Baffin por los 74° 48' de latitud y 68° 15' de longitud Oeste (Grenwich).

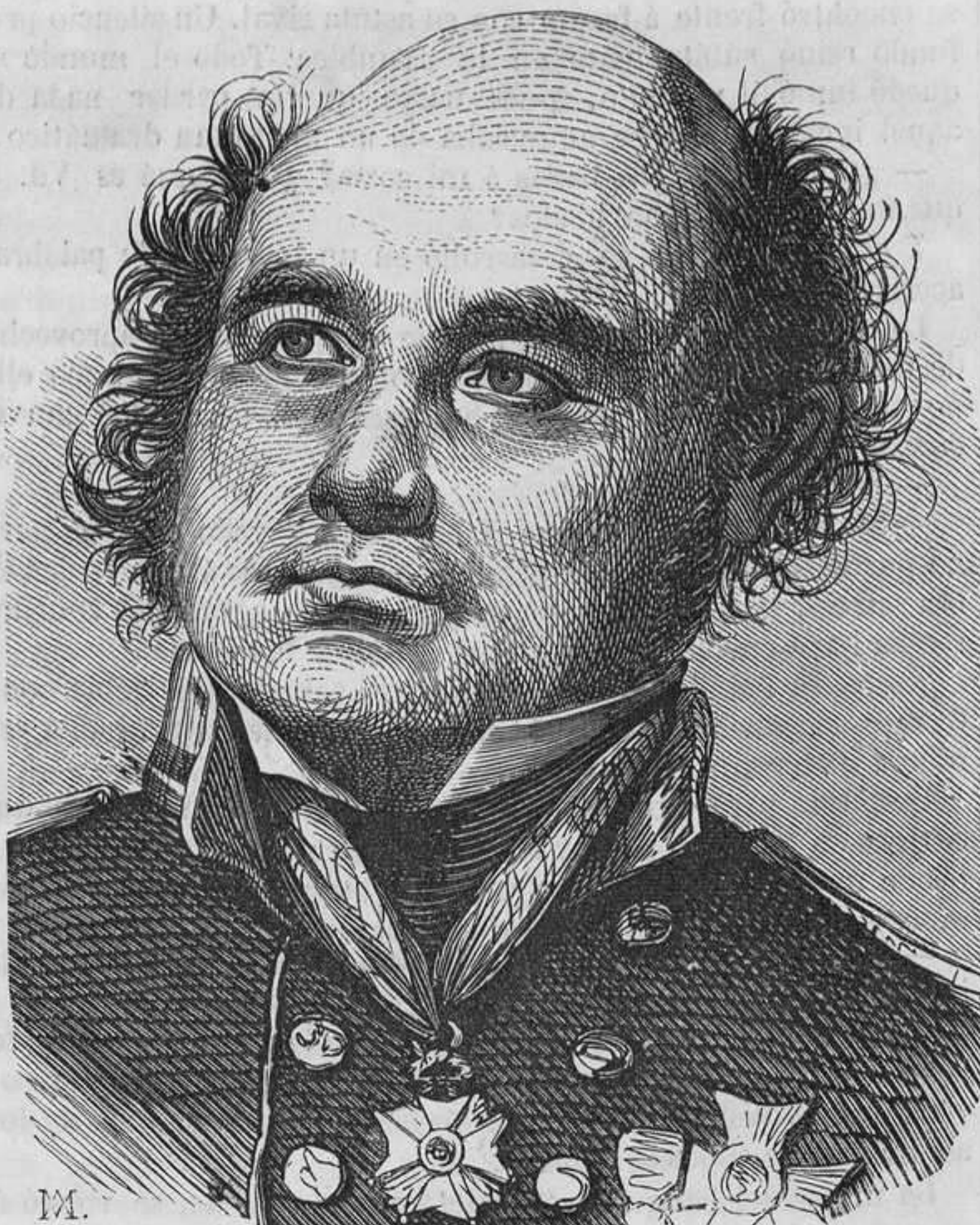
« En 1848 se enviaron tres expediciones al encuentro de Franklin; sir James Ross por la bahía de Baffin, sir J. Richardson por el río Mackensie, sobre la costa de América, y el capitán Moore por el estrecho de Behring. Estas expediciones, lo mismo que las del año 1830, no produjeron ningún buen resultado; además, se había tratado de estimular los esfuerzos de los particulares, ofreciendo el gobierno y lady Franklin considerables sumas á los balleneros que pudiesen obtener algunas noticias sobre el paradero de las tripulaciones de Franklin. El comodoro Aussin con cuatro buques, y el capitán Penny con otras dos embarcaciones, se unieron al capitán sir John Ross, y á una expedición americana, generosamente pagada por M. Grinnell, negociante de Nueva York, pero mandada por oficiales de la marina de los Estados Unidos. Lady Franklin, cuya admirable abnegación é interés ha contribuido tanto como los trabajos de su marido á inmortalizar el nombre de Franklin, envió por la misma época un buque pequeño, el

Príncipe Alberto, para explorar el golfo del Príncipe Regente.

» Franklin, siguiendo á la letra sus instrucciones, se metió sin duda de modo que no pudo salir por los estrechos canales, ni por los de las islas desconocidas que existen entre la tierra de Bank y las tierras Victoria y Wollaston. En la hipótesis de que hubiese perdido sus buques, pudo suceder que tratase de ganar en embarcaciones el continente de Boothia, suposición tanto mas fundada, cuanto que en el momento de su salida no se conocían los trabajos del doctor Rae, y se creía que estaba unido el estrecho del Príncipe Regente con el de Dease y Gimpson.

» La misión del *Príncipe Alberto* tuvo por objeto hacer frente á este caso. Desgraciadamente este pequeño buque, después de haber navegado bien á la entrada de los estrechos del Príncipe Regente y de Barrow, se vió obligado á volver á Inglaterra, á donde fué con muy buenas noticias sobre los progresos de la escuadra ártica, y además trajo algunos restos de telas, cuerdas y huesos hallados en el cabo Riley. Previa un detenido exámen de personas competentes, quedó probado que estos objetos habían pertenecido á hombres civilizados, y aun á buques de guerra, y que no habían podido estar allí ántes de 1845. Existiendo todavía en 1851 los motivos que dictaron el envío del *Príncipe Alberto* en 1850, lady Franklin resolvió continuar sus sacrificios.

» El gobierno ruso cooperaba á estas expediciones del estrecho de Behring por medio de sus agentes sobre la costa Noroeste de la América; los Estados Unidos enviaban buques con los de la Gran Bretaña, y la Francia no podía ménos de tomar una parte activa en el asunto. Además Franklin podía considerarse como francés por sus trabajos precedentes y su gloria, y por su título de



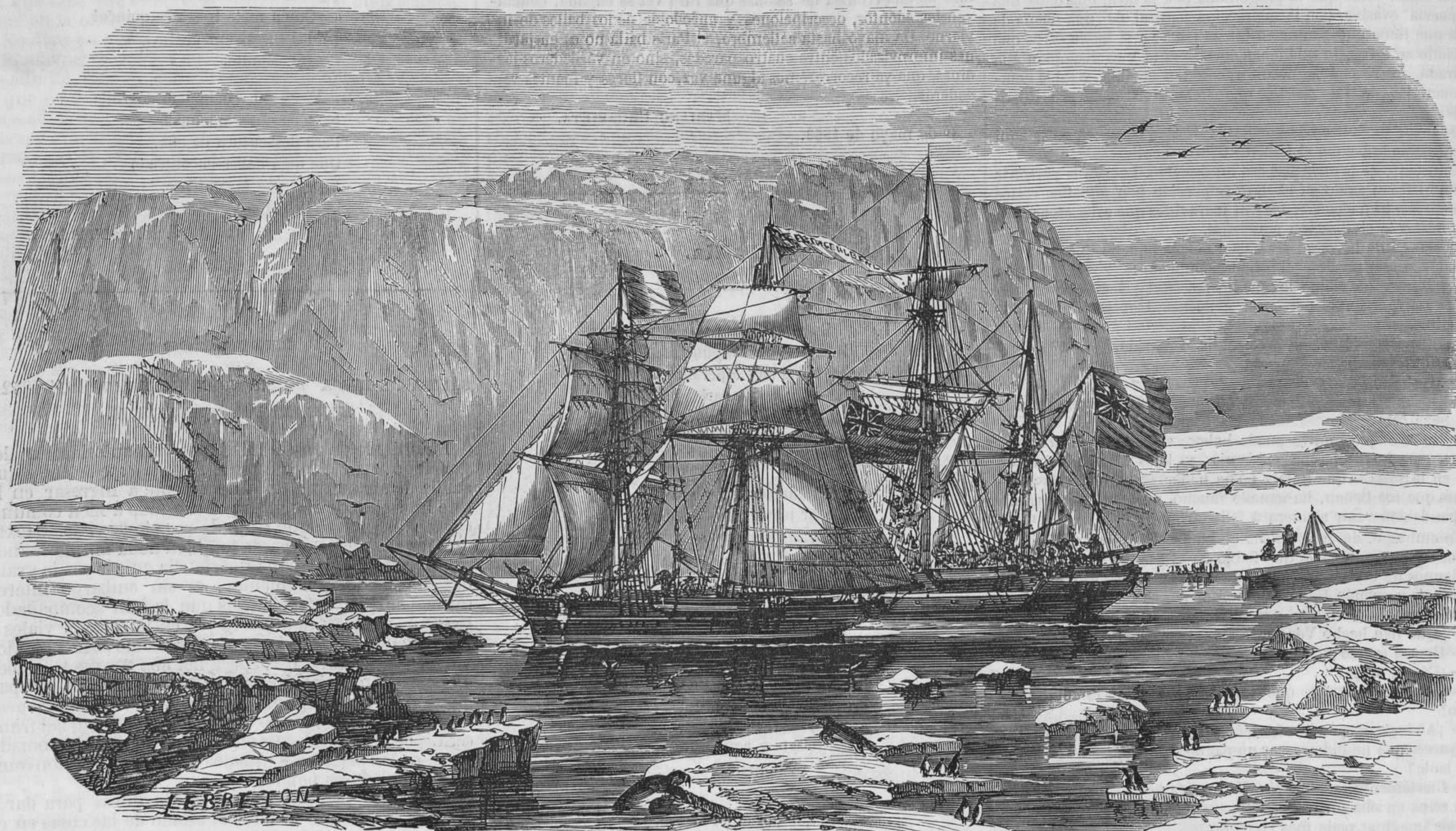
John Franklin.

miembro corresponsal del Instituto y de la Sociedad de Geografía que, en 1827, le otorgó la medalla de oro de primera clase; por eso el gobierno, cediendo á las instancias de M. Chasseloup-Laubat, entonces ministro de marina, condescendió con los deseos de M. Bellot, que quería representar las simpatías de la marina francesa en la nueva expedición, y en efecto, en mayo de 1851, M. Bellot se embarcó en el *Príncipe Alberto* que se armaba en Escocia, en la ciudad de Aberdeen.

» Antes de dar cuenta de las operaciones que yo no dirigi, quiero que conste aquí que solo á M. Kennedy le tocan los elogios debidos al atrevimiento y al acierto de las medidas tomadas para el cumplimiento de nuestra misión. A los constantes cuidados que se tomó en favor de nuestro bienestar, hemos debido el poder hacer mucho en poco tiempo, con la ayuda de la Providencia, y el haber vuelto sanos y salvos, lo que no resulta por lo comun de las expediciones á los mares glaciales.

» A bordo no llevamos ni vino, ni cerveza, ni licorres, á lo que atribuyo en gran parte la buena conducta de nuestra tripulación, y la armonía y acuerdo que no ha cesado un momento de reinar entre nosotros, á pesar de las privaciones que nos acosaban en nuestra embarcación, pequeña goleta de noventa toneladas, con diez y ocho hombres, incluso el capitán y los oficiales.

» Poco tiempo después de haber pasado el cabo Farewell, á la extremidad Sur del Groenland, el 22 de junio, el *Príncipe Alberto* entró en los hielos, y principió á abrirse paso en la dirección del establecimiento danés de Uppernwick, donde nos habíamos propuesto comprar perros y trineos esquimales. Como la bahía de Baffin se estrecha bajando al Sur, los hielos que se ponen primeramente en movimiento en lo alto de la bahía por las brisas del Norte, tienden á acumularse en

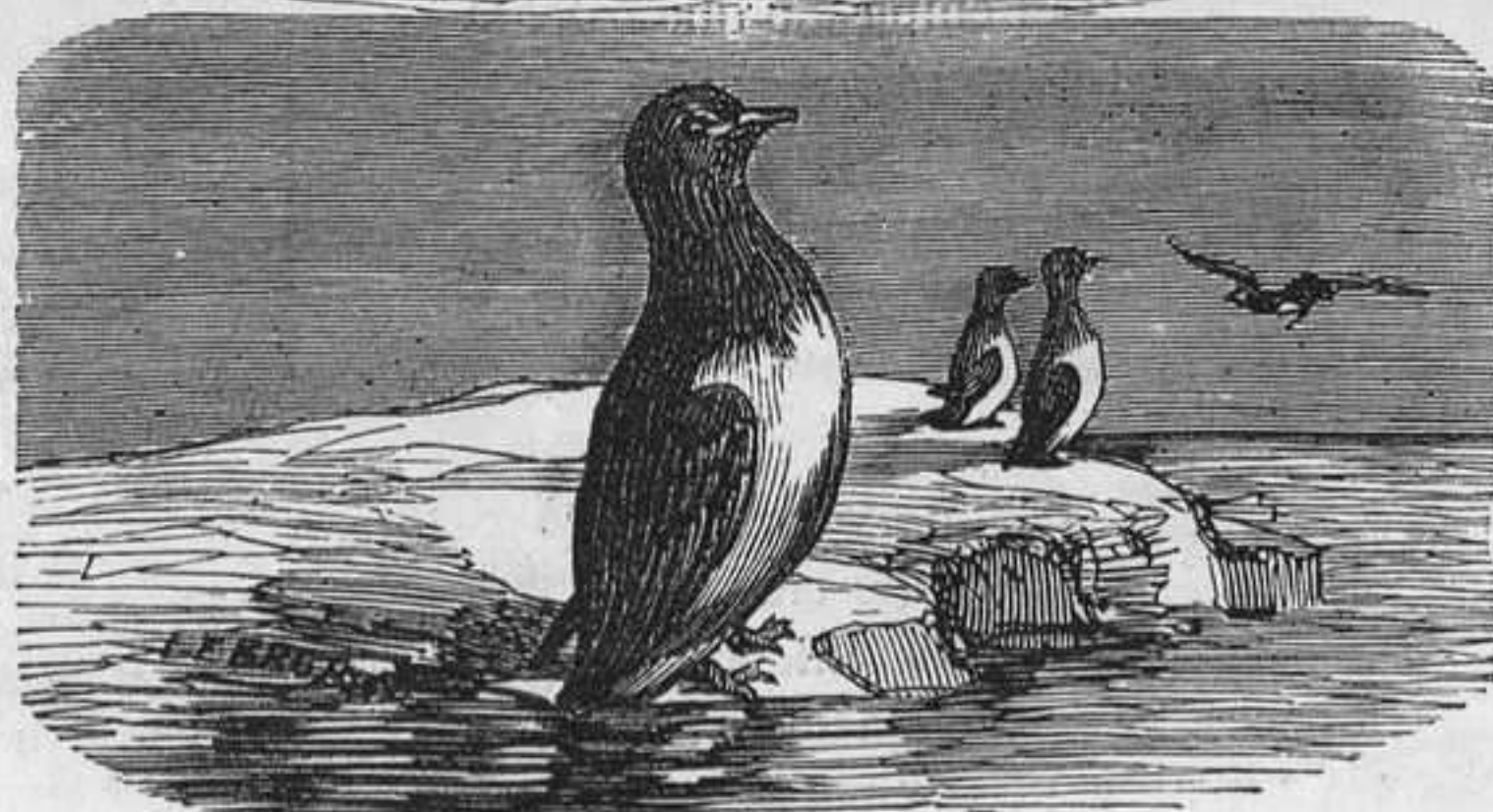


Bahía del Erebo y del Terror donde John Franklin pasó el invierno de 1845 á 1846.

esa garganta y á bloquear el estrecho de Davis, aun cuando la cúspide se halle libre. Solo á fuerza de ir y venir los hielos atraviesan ese paraje, y van á disolverse al Océano Atlántico.

» Este movimiento de los hielos, necesario para la navegación, es precisamente el gran peligro, puesto que se halla uno colocado entre los hielos que vienen por el lado por donde sopla el viento, y la costa, ó los hielos sólidos que no se han desprendido todavía. Inútil sería hablar aquí de la inmensa fuerza que poseen esas masas que á veces tienen leguas de extensión, y que una vez en movimiento, toda fuerza humana sería impotente para oponerse á ellas. Un buque de vela se halla colocado en condiciones tanto mas desfavorables, cuanto que los vientos deben soplar justamente de la dirección que se quiere seguir para entreabrir los hielos en esa dirección misma. Ahora bien, si la brisa es fuerte, hay mucho peligro en navegar en medio de los hielos, que forman otras tantas rocas movedizas, y si no hay viento apenas se puede adelantar un paso.

» En los trastornos que causan las borrascas, que se suceden con mas frecuencia de lo que se cree mas allá del círculo ártico, la forma de los hielos se hace sumamente irregular, y por eso suele acontecer que ve uno delante de sí un cristal de agua mas ó ménos grande, estando solo separado por una estrecha lengua de hielo. En este caso, tratábamos de practicar una abertura, ya dirigiendo el buque con toda la velocidad posible hácia



Zorra blanca y alca-alle.

la parte ménos ancha, ya empleando sierras de unos veinte piés de largo, que se manejan por medio de una cuerda y una garrucha colocada en lo alto de un triángulo, formado por unos palos, ó por último haciendo jugar la mina. Cuando los hielos no están muy compactos, entonces se mete el buque por la abertura, y naturalmente la va ensanchando. Durante esta operación sucede muchas veces que los hielos movidos por las corrientes ó por la brisa, se vuelven á juntar después de haberse separado un momento, y el buque se queda sometido á una presión muy peligrosa. ¡Ay del que no sabe observar las señales precursoras de esta desgracia, pues las consecuencias son fatales! El hielo, que no se detiene, pasa por debajo del buque y le vuelca, ó pasa por medio de él si se resiste. He visto llanuras de hielo alzarse, por decirlo así, á los lados del buque, y caer sobre cubierta en grandes pedazos, que toda la tripulación se apresura á echar por otro lado, á fin de que la embarcación no zozobrase con aquel peso venido de repente.

» El 12 de julio llegamos á Uppernwick, el establecimiento mas septentrional sobre la costa Oeste del Groenland. Hace unos treinta años se veían allí unas piedras cubiertas de inscripciones rúnicas, que parecen indicar que los islandeses y otros insulares, á quienes algunos han atribuido últimamente el descubrimiento de la América, se internaban mucho por el Norte. Este establecimiento sirve de depósito para el aceite y las

pieles de los animales que matan los esquimales de las cercanías, y que se llevan de allí todos los años los buques daneses que van á buscarlas. Algunos almacenes, una capillita, donde hay un ministro luterano, y la casa del gobernador, todo ello de madera y de aspecto miserable, forman la parte suntuosa de la aldea, pues lo demás se compone de chozas de tierra, á las que es peligroso acercarse, por los perros hambrientos que acostumbran tener aquellos habitantes para sus trineos. En efecto, viviendo en regiones desoladas, donde no es posible hallar bastante cantidad de vegetales en el invierno, los esquimales no podían pensar, lo mismo que los lapones, en domesticar el renjifero. El perro les hace los mismos servicios, y participa con el amo del alimento animal que este puede procurarse en todas las épocas del año.

» Al salir de Uppernwick caímos en medio de la flota de los balleneros que se volvian al Sur, á fin de pasar sobre la costa Oeste de la bahía de Baffin, porque los hielos estaban impracticables en el Norte, y además seguían los contornos del cuerpo principal de los hielos donde acostumbra estar la ballena. Esta acosada cada dia mas en todos sus abrigos, ha emigrado á regiones mas pacíficas; y así la pesca de la ballena que ha ocupado á mas de ochenta buques de trescientas cincuenta toneladas por término medio, solo ha empleado unos veinte en los últimos años. Los balleneros habian encontrado la escuadra americana, y supimos con asombro que aquellos dos buques cogidos por los hielos en octubre de 1850, á la boca del canal Wellington, habian sido arrastrados, á pesar suyo, durante el invierno, corriendo los mayores peligros, y hasta el año siguiente no lograron soltarse. Además de los nuevos elementos que suministraron á la ciencia geográfica sus milagrosas aventuras, trajeron tambien noticias favorables sobre las investigaciones intentadas. La escuadra ártica habia hallado en la isla Becchay pruebas auténticas de que Franklin habia estado en la bahía formada por esta isla y el cabo Riley, en el invierno de 1845 á 1846.



Esquimales.

Tres tumbas con inscripciones de nombres y de fechas no dejaban ninguna duda con respecto á este.

» Dos dias despues pudimos felicitar á los americanos por su milagrosa salvacion, y juntos subimos hasta la entrada de la bahía Melvil, famosa por los desórdenes que se reproducen allí todos los años, y que han dado el nombre de Pulgar del Diablo á un pico muy notable y poco distante de la costa. Al salir de la bahía de Disco, caímos en medio de montañas flotantes de hielo, en número de mas de doscientas, con una altura de ciento á ciento cincuenta piés cada una por término medio. Esta bahía es, por decirlo así, la cantera donde se forman y de donde parten esas masas enormes, por los ventisqueros que tiene al lado. La misma causa, obrando sobre las montañas de hielo ó bergs destruye muchas veces su equilibrio por la alteracion de sus formas, y mas de una vez presenciamos el imponente espectáculo de esas masas que se rompen con detonaciones parecidas á las del trueno, y que se hunden súbitamente sobre sí mismas en medio de las olas que saltan á una altura prodigiosa con aquel golpe.

» Al cabo de veinte dias, el 4 de agosto, tuvimos que alejarnos para buscar mas al Sur, un paso hácia el Oeste; nuestros amigos los americanos quisieron seguir adelante, pero no pudieron, y despues de varios esfuerzos infructuosos se volvieron á Nueva York. Por fin, llegamos á Pond's-Bay el 24 de agosto, y allí vinieron á bordo algunos esquimales, pero no pudieron darnos ninguna noticia, ni de los buques de Franklin, ni de la escuadra que se envió en su busca. La aparicion de estas miserables criaturas en sus canoas de pieles nos confirmó en la idea que teniamos de sus caracteres etnológicos reconocidos ya por los anteriores navegantes. Un diseño que uno de ellos improvisó de la costa que ya conociamos, puso en evidencia la inteligencia geográfica de que se hallan dotados.

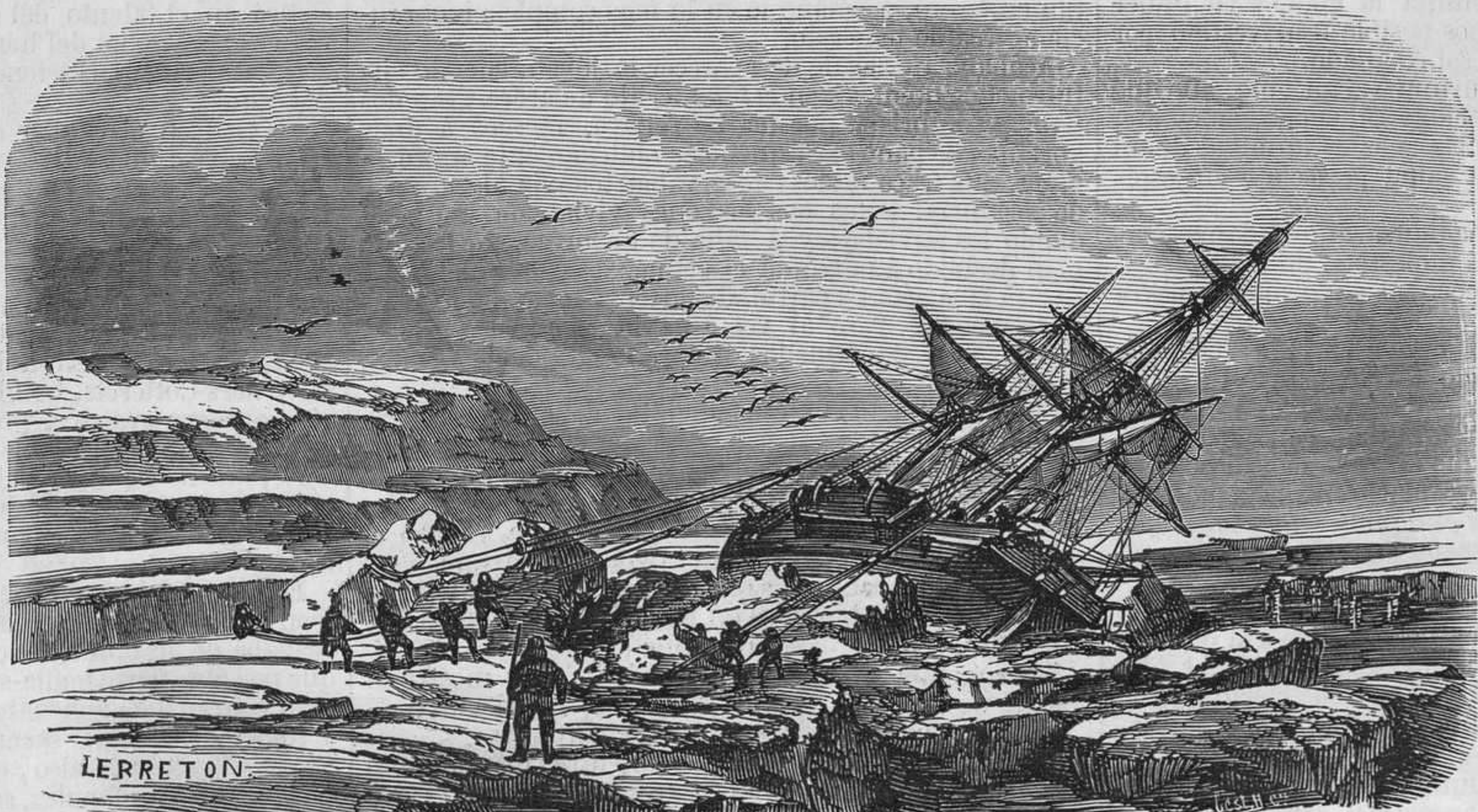
» Al cabo estabamos sobre el terreno de nuestras investigaciones, enfrente del famoso estrecho de Lancaster, don-



Caza del renjifero por los Esquimales.

de no pudimos entrar por el viento. Queriamos examinar detenidamente las dos orillas del estrecho de Barrow, y adelantar hasta la isla Griffith, donde pensabamos hallar noticias del comodoro Austin y de las demás embarcaciones. Pero los hielos no nos lo permitieron, y mientras las brisas del Oeste nos barrían el paso, exploramos las dos costas del golfo del Principe Regente hasta Kury-Beach y Port-Neill. Los hielos que constantemente hallamos delante de nosotros se opusieron á que adelantásemos en esta direccion, y despues de haber pasado cuatro dias en Port-Bowen, quisimos desembarcar en Port-Leopoldo, donde en 1849 se dejaron viveres para Franklin y sus compañeros.

» En una de estas ten-



LERRETON.

El Principe-Alberto echado á la costa por los hielos en la bahía de Elwig.

tativas, M. Kennedy salió del buque llevándose una embarcacion con cinco hombres. Durante la noche nos cercaron los hielos, y fuimos arrastrados á treinta millas mas allá, sin que bastara por nuestra parte resistencia alguna. El buque pudo llegar al cabo á la bahía de Batty, y desde aquel momento todos nuestros esfuerzos debieron concentrarse en llegar á buen fin una tarea mas urgente que el objeto principal de nuestra expedicion, que era la de buscar y traer á bordo á nuestros compañeros de viaje. Despues de mes y medio de tormentos y de tentativas que los elementos hicieron abortar, pudimos llegar á ellos, y todos juntos nos volvimos á bordo.

« J. BELLOT. »

(Se continuará.)

David Swan.

CUESTO AMERICANO, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

Nunca conocemos mas, que de una manera imperfecta, los acontecimientos que ejercen alguna influencia en nuestra vida, en nuestra suerte. Y hay otros muchos, si es que puede dárseles este nombre, que ocurren junto á nosotros sin resultado inmediato, y aun sin hacernos sospechar su proximidad por la reflexion de una luz ó de una sombra sobre nuestra propia mente. Si llegaremos á conocer todas las vicisitudes de nuestra fortuna, la vida pasaría demasiado cargada de temor y esperanza, de alegría y disgusto, para dejarnos disfrutar una sola hora de verdadera serenidad. Una página de la historia secreta de David Swan desarrollará esta idea.

No necesitamos ocuparnos de David ántes del día en que lo encontramos, á la edad de veinte años, en el camino real, dirigiéndose desde su villa natal á Boston, donde su tío, tendero de comestibles, debía colocarlo detrás de su mostrador. Bástenos decir que habia nacido en New-Hampshire, de padres honrados, y que habia recibido la educación que se recibe en la escuela, con cierto barniz clásico, gracias á un año de residencia en el colegio de Gilmanton. Despues de haber caminado á pié desde la salida del sol hasta el mediodía de uno de los días del estío, su cansancio y la calor lo determinaron á sentarse en el primer lugar sombrío que le agradase, para esperar en él la llegada de la diligencia. Muy pronto descubrió, como plantado expresamente para él, un ramillete de arces con un delicioso asiento en medio de ellos, y un manantial tan fresco, que parecia brotar por la vez primera para David Swan. Virgen ó no, besólo con sus labios secos, y se tendió despues á su orilla, sirviéndole de almohada algunas camisas y unos pantalones que llevaba en un pañuelo de algodón. Los rayos del sol no podían ofenderlo, la lluvia de la víspera impedía aun la formación del polvo, y la yerba sobre la cual se habia acostado el jóven le parecia mas blanda que un lecho de plumas. La fuente murmuraba á su lado dulcemente, las ramas se agitaban con blando movimiento en la atmósfera azul sobre su cabeza, y un profundo sueño, ocultando tal vez otros ensueños en su profundidad, se apoderó de David Swan. Pero nuestro objeto es referir sucesos que no soñó.

Mientras dormía él á la sombra, otros estaban muy despiertos, y cruzaban el camino, á pié, á caballo, en toda clase de vehículos, por delante de su dormitorio. Los unos no miraban á derecha ni izquierda, y no lo vieron; otros echaban hácia aquella parte una ojeada indiferente, sin que llegara el durmiente á mezclarse en sus pensamientos; otros se reían viéndolo dormido tan profundamente, y muchos, con el corazón rebosando menosprecio, derramaron sobre David su venenoso sobrante. Una viuda de mediana edad, no viendo á nadie en el camino, se detuvo un momento á contemplar aquel retiro, mirando con deleite al reclinado mancebo. Un presidente de una sociedad de templanza vió al pobre David, y lo hizo entrar en su discurso de aquella noche, como un ejemplo terrible de un hombre embriagado muerto á orillas del camino. Pero censura, alabanza, deleite, menosprecio, indiferencia, todo era igual, ó por mejor decir, todo era nada para David Swan.

Pocos instantes hácia que dormía, cuando un coche de color oscuro, tirado por dos hermosos caballos, rodando dulcemente, vino á pararse casi frente por frente del sitio en que reposaba David. Una chapa desprendida habia hecho desclavarse una rueda. El contratiempo fué mínimo, y solo causó un momento de alarma á un viejo negociante que regresaba á Boston con su mujer en aquel carruaje. Mientras el cochero y un criado enclavaban la rueda, el mercader y su esposa se refugiaron á la sombra de los arces, y vieron allí el fresco manantial, y á David Swan dormido junto á él. Con el respeto que infunde por lo comun en torno suyo el mas humilde durmiente, el mercader se acercó con pasos tan silenciosos como le permitia la gota, y su mujer procuró hacer crujir lo ménos posible á su vestido por temor de despertar á David sobresaltado.

— ¡Qué bien duerme! murmuró el anciano. ¿De qué abismo sale esa fácil respiración? Un sueño semejante, conseguido sin el opio, valdría mas de la mitad de mi renta, porque revelaría una salud perfecta y un espíritu tranquilo.

— Con la juventud por añadidura, dijo la dama, porque la vejez, aun sin ajes ni molestias, no duerme así. Nuestro sueño parece tan poco al suyo como nuestra vigilia.

Cuanto mas miraba la anciana pareja, mas inclinada se sentía hácia el desconocido jóven, para el cual el borde del camino y el ramaje de los arces formaban una especie de gabinete secreto, velado con cortinas de damasco. Viendo la dama que un rayo del sol hería el rostro de David, intentó interceptarlo entretegiendo dos ramas. Y despues de haber cumplido este acto leve de benevolencia, sintió el corazón movido hácia él con maternal impulso.

— Parece que la Providencia lo ha acostado ahí, dijo en voz baja, y que nos ha conducido junto á él despues del engaño que nos ha hecho experimentar el hijo de nuestro primo. Me se figura que tiene cierto aire de semejanza con nuestro difunto Enrique. ¿Lo despertaremos?

— ¿Con qué objeto? preguntó el mercader dudando. Nosotros no sabemos nada acerca del carácter de este jóven.

— ¡Esa fisonomía tan candorosa! replicó su mujer; ¡ese sueño tan inocente!

Durante estos cuchicheos, el corazón del durmiente no palpitaba con mas violencia; su respiración no era mas agitada, y sus facciones no reveaban ninguna emoción. Y no obstante, la fortuna se inclinaba hácia él, dispuesta á dejar caer una lluvia de oro. El anciano mercader habia perdido á su hijo único, y no tenia otro heredero de su fortuna que un pariente lejano, de cuya conducta además estaba poco satisfecho. En tales circunstancias, se hacen á veces cosas mas extrañas que la de representar el papel de un mágico, y despertar para llevarlo á la opulencia á un mancebo dormido en la pobreza.

— ¿No lo despertaremos? repitió la dama con persuasivo acento.

— ¡El carruaje está dispuesto, señor! gritó el cochero.

Los dos esposos se estremecieron, se ruborizaron, y se apartaron presurosos, admirados de haber podido pensar en hacer una cosa tan ridícula. Arrellanóse el mercader en el fondo del coche, y se puso á combinar en su cabeza el plan de un asilo magnífico para los negociantes desgraciados. David Swan continuaba aun durmiendo la siesta.

No estaria á dos millas de distancia el coche, cuando una jóven encantadora cruzaba por allí con paso presuroso. Este paso probaba que su pequeño corazón palpitaba tranquilo en su inocente seno. ¿Hay inconveniente en suponer que su alegre marcha contribuyó á que se le soltara una liga? Notando, pues, que la cinta de seda — dado caso que fuera de seda — se aflojaba, se retiró al bosquecillo de arces, y vió á un mancebo dormido junto á la fuente. Encendióse como una rosa, por haber penetrado de aquel modo en el dormitorio desconocido, sobre todo para atarse en él la liga, y se preparaba ya para salir de él de puntillas. Pero un peligro amenazaba al durmiente: un enorme abejon revoloteaba con desapacible zumbido, tan pronto entre el follaje, tan pronto expuesto á los rayos del sol, como en la sombra, hasta que por último pareció que iba á fijarse en el párpado de David Swan. El dardo de un abejon puede causar á veces una herida mortal. Así, tan buena como inocente, la jóven atacó al enemigo con su pañuelo, y lo expulsó del bosquecillo. ¡Qué cuadro tan bello! Despues de esta buena acción, con mas rubor en la frente, con movimiento mas vivo en el corazón, dirigió una mirada al jóven desconocido, por el cual acababa de batirse contra un dragon del aire.

— ¡Qué hermoso es! pensó entre sí. Y un carmesí mas pronunciado todavía vino á colorar sus mejillas.

¿Porqué no soñaba David en alguna felicidad bastante fuerte para estremecerlo y dejarle entrever la dulce imagen de la jóven en medio de los fantasmas de su imaginación? ¿Porqué no brilló al ménos en su fisonomía una sonrisa de congratulación? Allí estaba aquella hermosa criatura, cuya alma, segun una antigua y dulce creencia, habia sido separada de la suya, y la cual, en todos sus deseos, vagos, pero ardientes, habia tenido él siempre ansia de volver á hallar. A ninguna otra podia amar David de veras, — á nadie sino á él podia ella grabar en lo profundo de su corazón, — y la imagen de la jóven estaba reflejándose toda encarnada en el cristal de la fuente al lado suyo. Y si se alejaba, nunca su rayo brillante alumbraría el camino del sosegado mancebo.

— ¡Cuán profundamente duerme! murmuró la doncella.

Alejóse, pero su paso no era ya tan ligero como ántes.

Ahora bien, esta jóven era hija de un comerciante rico de las cercanías, que buscaba á la sazón una persona de las condiciones de David Swan. Si David hubiera trabado relaciones á orillas del camino con aquella criatura, hubiera entrado de dependiente en casa de su padre, al cual hubiera heredado probablemente, obteniendo la mano de la inocente beldad. De esta manera, la fortuna, — la mejor de las fortunas, — acababa de acercarse á él hasta el punto de rozarle el vestido. Sin embargo, permaneció en la mas completa ignorancia acerca de todo esto.

Acababa apenas de desaparecer la jóven, cuando entraron dos hombres en el bosquecillo de arces. Eran dos figuras sombrías, puestas de relieve, merced á unas gorrillas de paño encasquetadas oblicuamente sobre la oreja. Sus fracs raídos conservaban todavía algun resto de elegancia. Estos dos bribones vivían de lo que el diablo les enviaba; y á falta de mejores negocios, habian decidido á la baraja el primer despojo que les depusiera la suerte. La partida debia tener lugar á la sombra de los árboles. Pero al ver á David dormido junto á la fuente, uno de aquellos miserables dijo á su camarada:

— ¡Chito!..... ¿ves ese paquetito debajo de su cabeza?

El otro hizo un signo afirmativo guiñando el ojo en la dirección de David.

— Te apuesto una botella de aguardiente, repuso el primero, á que ese mozalvete tiene una cartera ó un precioso gatito oculto entre las camisas. Y si no lo hallamos allí, lo hallaremos en la bolsa del pantalón.

— Pero, ¿y si se despierta? dijo el otro.

Su compañero entreabrió el chaleco, y mostró el mango de un puñal con un gesto muy significativo.

— ¡Sea! murmuró el segundo facineroso.

Acercáronse, pues, á David, y mientras el uno tenía levantado el puñal sobre su corazón, el otro se puso á registrar el paquete que le servía de almohada. Sus dos fisonomías, ceñudas, repugnantes, pálidas con el terror

del crimen, eran bastante horribles para que la víctima hubiera creído, si despertara, que estaba en poder de dos demonios. Y si aquellos miserables hubieran echado una ojeada á la fuente, apenas hubieran podido reconocerse ellos mismos. Con respecto á David, jamás habia tenido un aire mas tranquilo, ni aun cuando dormía en el seno de su madre.

— Preciso es quitarle el paquete, dijo el uno.

— Si se menea, lo hiero, respondió el otro.

Pero en este momento entró un perro, olfateando en el bosquecillo, y despues de haber mirado alternativamente á cada uno de los malvados, y despues al apacible durmiente, apagó su sed en el manantial.

— Imposible es hacer ahora nada, dijo uno de los asesinos; el dueño del perro no puede estar muy lejos.

— ¡Bebamos un trago, y desfilemos! dijo el otro.

Ocultó el hombre armado del puñal su arma en el pecho, y sacó de él un frasco de licor y una copa de metal blanco. Cada uno bebió un trago, y en seguida salieron de allí con tantas chanzonetas y risotadas sobre su abortado crimen, que casi se podría haber creído que celebraban su mal éxito. Al cabo de algunas horas, se habian olvidado completamente del negocio, no sospechando siquiera que el ángel de la memoria habia inscrito, para testimonio contra sus almas, su crimen homicida en caracteres tan durables como la eternidad. Entretanto, David Swan dormía siempre, sin saber que la sombra de la muerte habia extendido las alas sobre él, sin sentir un aire mas vivificante, cuando desapareció esta sombra.

Seguia durmiendo, pero ya no tan tranquilamente como al principio. Una hora de sueño habia reparado la fatiga de muchas de trabajo, restituyendo su natural agilidad y soltura á sus pesados miembros. Tan pronto daba vueltas, tan pronto movía sus labios sin articular sonidos, tan pronto hablaba interiormente á los espectros que perturbaban sus ensueños del mediodía. Pero un ruido de ruedas se aproxima, cada vez mas pronunciado, y vino á mezclarse con la niebla ménos espesa del sueño de David. — Era la diligencia. Levantóse sobresaltado, dueño ya por completo de todas sus ideas.

— ¡Oh! ¡he! ¡he! ¡conductor!... ¿tiene Vd. algun asiento vacante? gritó.

— Uno en la banqueta, respondió el conductor.

David subió y rodó alegremente hácia Boston, sin echar siquiera una mirada de despedida sobre aquella fuente, junto á la cual habia estado sometido á vicisitudes tan diversas. No sabia que un fantasma de felicidad habia sumergido en sus ondas puras su dorada imagen, — ni que un fantasma de amor habia confundido sus suspiros con su dulce murmullo, — ni que un fantasma de muerte habia estado á punto de enrojecerla con su sangre, — todo esto en el corto espacio de una hora que habia durado su sueño.

Sea que durmamos ó velemos, no percibimos el ligero rumor de esas cosas singulares que están á punto de acontecernos. ¿No es esta una de las mejores pruebas de la Providencia, supuesto que, al paso que cruzan por nuestro camino sucesos imprevistos é inesperados, aun es la vida humana bastante regular para permitirnos prever útilmente diferentes cosas?

T. E.

BERNARDO.

HISTORIA PARA CAZADORES,

POR ALEJANDRO DUMAS.

Lo que voy á referiros no es una novela, ni un cuento, ni un drama, sino únicamente un recuerdo de mi juventud, una de esas cosas que acaecen todos los días; de modo que si mi relato adquiere algun color, no consistirá en el talento del que lo narra, sino en el carácter excepcional del héroe que aparece en escena.

Demos principio diciendo, que este héroe era un guardabosques.

Yo nací en el centro de una hermosísima y pintoresca selva: mi padre, gran cazador, me puso, á pesar de mis pocos años, una escopeta entre las manos. Apenas contaba doce, y ya era un excelente cazador furtivo.

Y digo furtivo, porque solo podia cazar ocultamente, pues ni mi edad me daba derecho para obtener una licencia de uso de armas, ni esperaba ser invitado por personas que no lo necesitaban: por último, el inspector de Villers-Cotterets, hombre honrado, de cuya memoria conservo gratos y profundos recuerdos, creía que era mejor para mí que explicase las *Georgicas* y el *de Viris*, que no matar conejos ó perdices, y en consecuencia habia dado orden á los guardabosques, de que, sin un permiso expreso suyo, no me dejasen cazar en sus comarcas.

Esto sin embargo no evitaba que yo cazase, ó mas bien que lo hiciese de contrabando. Mi madre, que participaba de las opiniones del inspector respecto á mí, y que por otra parte temía sin cesar los accidentes que podían ocurrirme, guardaba mi escopeta bajo llave, y solo me permitía sacarla en los días señalados, en los de especial permiso, en los que, como recompensa de las tareas semanales, solía decirme M. Violaine, pues tal era el nombre de mi pariente el inspector: Ea, Dumas; adelante, amigo mio, pero no nos acostumbremos

á ello, pues solo es por hoy, porque el preceptor está contento contigo. Aquellos días eran de gran fiesta. Cogía el morral, me endosaba los botines, empuñaba la escopeta heredada de mi padre, y atravesaba orgullosamente toda la población, al lado de los cazadores, en medio de los ladridos de los perros, y de los buenos deseos de los amigos y conocidos que nos veían pasar y nos gritaban: Buena fortuna.

Pero este favor especial llegaba una vez al mes, y era muy triste el cazar un solo día entre treinta, así durante los veinte y nueve restantes, había encontrado el medio de sustituir mi escopeta con otra arma de mi invención: era una pistola larga de la época de Luis XIV, á la cual puse una culata. Llegada la tarde, metía la culata en un bolsillo y el cañón en otro, y salía aparentando la mayor inocencia, con mi red ó mi peon en la mano, para que no se sospechase mis intenciones: cuando ya me hallaba fuera de la ciudad echaba correr, llegaba á la entrada del bosque, me agazapaba en el suelo, disponía mi arma y esperaba con paciencia.

Si llegaba un conejo á aventurarse en la llanura, á veinte y cinco pasos de distancia, podía darse por bien muerto.

Si era una liebre, acontecía exactamente lo mismo. Un día salió un corzo, le apunté, y sucedió lo que hubiera sucedido con una liebre ó con un conejo.

Estas diversas piezas me servían para enviárselas á algunos amigos, quienes, á fin de que se repitiesen tan sabrosos regalitos, me abastecían de municiones.

Debo decir además, que casi todos los guardabosques habían casado con mi padre, y conservaban grandes recuerdos de su liberalidad. Otros eran soldados viejos, que habían servido á sus órdenes, y que por su influencia habían sido colocados en la administración y custodia de los bosques. En una palabra, todos ellos, que veían en mí indudables disposiciones para ser algún día tan generoso como el general, pues siempre llamaban así á mi padre, me habían cobrado el mayor afecto. Por eso me convidaban muchas veces á rondar en su compañía; y cuando sus cachorros paraban á algún conejo, miraban alrededor por si alguno nos observaba y me ponían una escopeta en las manos. Adelantábame entonces, daba una patada en el suelo, partía á escape el conejo, y casi siempre, en lugar de guarecerse en su madriguera, iba á parar á una cacerola.

Entre aquellos guardas había uno llamado Bernardo, y como ocupaba en el camino de Soissons, á legua y media de Villers-Cotterets, una casita que M. de Violaine había hecho construir para su predecesor, le daban el nombre de Bernardo el de la Casa-Nueva.

En la época de que hablo, á saber, en 1818 ó 1819, era un hombre de treinta y dos años poco más ó menos, de franca y abierta fisonomía, de pelo rubio y ojos azules: por lo demás tenía una talla admirablemente proporcionada, y debía á la armonía de sus miembros una fuerza hercúlea, que se citaba en el contorno de diez leguas.

Así era que Bernardo siempre estaba dispuesto para todo; por la mañana, por la tarde, de día y de noche, sabía perfectamente, con la diferencia de cincuenta pasos, los sitios que frecuentaba el jabalí, porque era uno de esos hombres que saben seguir la pista horas enteras. Cuando el sitio de la cita era la Casa-Nueva, cuando debía atacarse á una pieza á distancia de un cuarto de hora, y por último cuando el animal había sido envuelto por Bernardo, se sabía ya de antemano si era un jabato ó un jabalí hecho, si era macho ó hembra, si estaba preñada la última, y de cuánto tiempo. Su conocimiento era sorprendente, sobre todo para los cazadores que solían llegar de París, pues en cuanto á nosotros, como habíamos hecho las mismas observaciones que él, no nos parecía tan arduo el asunto.

Bernardo era sin embargo para nosotros una especie de oráculo.

El valor, por otra parte, adquiere siempre un gran poder sobre los hombres, y Bernardo ignoraba lo que era el miedo, pues nunca había retrocedido ante ningún hombre ni fiera; perseguía al jabalí en sus más recónditas madrigueras, y á los cazadores furtivos en sus mejor defendidos escondites. Verdad es que algunas veces volvía con perdigonadas en las piernas ó con la ropa hecha pedazos; pero sabía curar sus heridas por un método que siempre le salía perfectamente. Subía de la cueva dos ó tres botellas de vino blanco, llamaba á uno de sus perros, echábase sobre una piel de ciervo, se hacía lamer la herida por Rocador ó por Fanfaro, y á fin de reparar la sangre perdida, bebía durante la operación lo que llamaba su tisana. Aquella noche no se le veía, pero al día siguiente se presentaba sano y salvo.

Bernardo me quería mucho, porque había cazado más de veinte veces con mi padre, y yo correspondía á su afecto, porque me refería mil anécdotas que le habían acaecido en tiempo del general.

Por consiguiente era para mí de gran contento el día en que M. de Violaine me invitaba á cazar, señalando como punto de reunión la Casa-Nueva.

A todo esto debo añadir que Bernardo adoraba á su mujer, y que era celoso como un turco. Sus camaradas le embromaban muchas veces sobre el particular; pero sus chanzas duraban poco, porque Bernardo se ponía pálido como un muerto, y volviéndose hácia el imprudente que tocaba una cuerda tan delicada, le decía:

— Te aconsejo que calles, y que calles pronto, porque cuanto más pronto calles, será mucho mejor para tí.

Cierto sábado por la tarde, hallándome ocupado en dar de comer á mis perros en el umbral de la puerta, pasó por allí M. de Violaine y me dijo:

— ¿Se ha trabajado mucho esta semana?

— He sido el segundo en la lista.

— ¿De veras?

Entonces le señalé una crucecita de plata que ostentaba yo orgullosamente en el ojal, y que pendía de una cinta encarnada, para darle una prueba terminante de lo que aseguraba.

— En ese caso, señor segundo, os convidó para mañana á la caza del jabalí.

— ¿En dónde, primo? le pregunté dando un brinco de placer.

— En casa de Bernardo, en la Casa-Nueva.

— ¡Oh! Me alegro, me alegro: así nos divertiremos.

— Así lo espero.

Mucho le mimais, observó mi madre, apareciendo entre nosotros. En vez de ayudarme á curarle de esa desgraciada pasión por la caza, que ocasiona todos los días mil accidentes, halagais su gusto. Tened presente sin embargo, que solo os lo confío, á condición de que no ha de separarse de vuestro lado.

— Podeis tranquilizaros en cuanto á eso.

— Ea pues; de ese modo consiento; porque si le sucediese una desgracia, moriría yo de dolor.

— Vamos, no tengais miedo, porque sabe su oficio como el más avisado. Con que, joven, quedamos convenidos y citados para mañana á las seis.

— Gracias, primo, gracias: nadie tendrá que esperarme.

Al punto hice mis preparativos, que consistían en limpiar la escopeta y preparar las municiones.

Salimos á las seis de la mañana, y en el camino fuimos reclutando los guardas, que nos esperaban en sus respectivas demarcaciones; por último, dimos vuelta al camino, y desde lejos divisamos á Bernardo, que empuñaba su trompa de caza.

Tocaba con tanto júbilo y despedía unas notas tan sonoras, que desde luego conocimos que la caza andaba próxima. En efecto, al llegar á la Casa-Nueva supimos que Bernardo había acorralado hácia la montaña de Dampleux, es decir, á una legua de allí, un magnífico tercial.

Llábase así, en términos venatorios, al jabalí que ha llegado á la tercera parte de su edad.

M. de Violaine dió entonces conocimiento á los guardas, de una carta que acababa de recibir de la administración central de los bosques del duque de Orleans. En ella se enumeraban las reclamaciones de los propietarios inmediatos, quienes se quejaban de los perjuicios que les ocasionaban los jabalíes, y contenía la orden expresa de destruir dichos animales desde el primero hasta el último.

Estas órdenes siempre agradan á los guardas, porque el jabalí es pieza de caza real, y no pueden perseguirle: cuando le tiran, siendo mandados, ganan muy poco; pero siempre pertenece el animal á quien lo mata, y un jabalí salado es un recurso famosísimo para el invierno.

Convínose pues en que se proseguirían las batidas hasta la extinción total de todos los jabalíes que se encontraban en el bosque de Villers-Cotterets. Por mi parte me hallaba tan contento como los guardas, porque era evidente que yo disfrutaria de algunas de dichas batidas.

Partimos despues de haber comido unas migas y bebido vino blanco, que es el favorito de los cazadores. Cada cual de estos conocía perfectamente á su vecino, y todos convenían en señalar imparcialmente con el dedo á los más hábiles, que eran Berthelin, tío de Bernardo, Mona, antiguo guarda, que algun tiempo ántes había perdido la muñeca izquierda, sin que por eso perdiese nada de su destreza, y un tal Mildet, quien, con bala, ejecutaba maravillas.

Ya se supone que los torpes eran escarnecidos sin comiseración.

Entre estos figuraba un tal Niquet, á quien llamaban, no sé por qué, Bobino, y que tenía fama de hombre de talento, lo cual era verdad: á esta fama reunía la de ser uno de los más atrasados tiradores de la partida, lo cual también era cierto.

Hablábase pues de las proezas de Berthelin, de Mona y de Mildet; pero todos hacían burla á Bobino.

Este por su parte se desquitaba lanzando contra sus detractores dichos agudísimos y punzantes sarcasmos, á los cuales daba su acento provenzal mayor agudeza y expresiva gracia.

Llegados al sitio en que el jabalí se había encamado, hizonos señas Bernardo para que guardásemos silencio. En seguida comunicó su plan al inspector, quien nos dió órdenes en voz baja: fuimos en consecuencia á colocarnos al rededor del recinto que Bernardo iba á registrar con su sabueso.

M. de Violaine cumplió la palabra que había dado á mi madre; me puso á su lado y al de Mona, me encargó que me mantuviese siempre al abrigo de una encina, y que si llegaba á tirar al jabalí, y este se creciese acometiéndome, me agarrase á las ramas, me suspendiese, y dejase pasar al animal por debajo. Todos los cazadores prácticos saben que esta es la maniobra adoptada para circunstancias semejantes.

Diez minutos despues estábamos todos en nuestros puestos, y se dió la señal: poco despues, los aullidos del perro de Bernardo, que había encontrado la pista, resonaron con tal fuerza, que indicaban hallarse muy cerca del animal. De pronto vimos removerse la maleza, y por mi parte divisé un bulto que pasaba, y que no tardó en desaparecer. Mona hizo fuego á la ventura, pero meneó al mismo tiempo la cabeza, significando que no creía haber herido á la pieza. A alguna distancia

resonó otro tiro y luego un tercero, al que siguió inmediatamente el grito de *aliali*, lanzado con toda la fuerza de sus pulmones por la voz bien conocida de Bobino.

Todos corrimos á la llamada, aunque imaginando que íbamos á ser juguete de algun chasco.

Pero con la mayor sorpresa, no bien llegamos al camino, cuando vimos á Bobino sentado tranquilamente sobre el jabalí, con su pipa en la boca y la caja de fósforos en la mano.

El animal había caído como un conejo al tiro de Bobino, y no pudo moverse del sitio en que este le hizo sucumbir.

Ya se deja conocer que todos felicitáramos cordialmente al vencedor, quien con la mayor modestia decía entre bocanadas de humo:

— ¡Bah! Siempre nos portamos así nosotros los provenzales con estas alimañas.

Nada en efecto había que objetar: el triunfo era completo, pues la bala había dado detrás de la oreja, y ni Mona, ni Berthelin, ni Mildet, hubieran hecho otro tanto.

Bernardo llegó el último, exclamando:

— ¿Qué diablos acaban de contarme, Bobino? Dicen que el jabalí se ha metido por tu tiro como un imbécil...

— Que así haya sucedido, ó que mi tiro se haya entrado cuerpo arriba por el jabalí, contestó el héroe, lo cierto es que el pobre Bobino tendrá salazon para el invierno, y que solo los que puedan decir lo mismo, serán convidados por él. Sin contar al señor inspector, añadió descubriéndose, pues su señoría honrará siempre á su humilde servidor, cuando guste probar un bocado de la cocina de la madre Bobina.

Así llamaba Niquet á su mujer, por aquello de que Bobina es naturalmente el femenino de Bobino.

— Gracias, Niquet, gracias, respondió el inspector.

— Bobino, observó Bernardo: como no sueles ser tan feliz en todas las cacerías, es preciso que, contando con la venia de M. de Violaine, te ponga yo una condecoración.

— Ponla cuando gustes, amigo mio: mas de cuatro conozco yo que la tienen, y no la merecen tanto.

Y Bobino prosiguió fumando con la mayor calma, en tanto que Bernardo, sacando su cuchillo y acercándose á la parte posterior del jabalí, le agarró por el rabo, y de un solo tajo se lo separó del cuerpo.

El jabalí lanzó un sordo gruñido.

— ¡Eh! ¿Qué tenemos, señor mio? dijo Bobino, mientras Bernardo sujetaba el rabo del animal á un ojal del vencedor: parece que sientes perder esa miseria de adorno...

El jabalí hizo oír otro gruñido y levantó una pata.

— Basta, basta, hijo mio, prosiguió Bobino: es inútil que te empeñes en volver á las andadas.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando rodaba hasta diez pasos de distancia con la pipa rota entre los dientes. El jabalí, que solo estaba aturdido, se había levantado y vuelto á la vida por la sangría de Bernardo: se desembarazó del peso que le oprimía, y se puso en pié, aunque vacilando sobre sus cuatro patas.

— ¡Ah! exclamó M. de Violaine: esto es curiosísimo, por vida mia.

— ¡Fuego! gritó Bernardo buscando su escopeta, que había dejado en un ribazo, para proceder con mas libertad á la operación que le referido; ¡Fuego! Yo conozco bien á estos parroquianos; tienen la vida á prueba de bomba. ¡Fuego! ¡Fuego!

Pero ya era tarde: los perros, al ver que el jabalí se levantaba, se arrojaron á él, cubriéndole tan completamente, que el animal no presentaba el menor blanco.

Entre tanto iba acercándose al foso, arrastrando consigo á la trailla entera: en seguida penetró en el bosque y desapareció, perseguido por Bobino, que se había levantado, y que furioso por la afrenta que acababa de recibir, quería vengarla á todo trance.

— Detenle, detenle, le gritaba Bernardo: agárrale por el rabo, Bobino.

Las carcajadas se sucedían sin interrupción, y por fin oímos dos tiros.

Poco despues se presentó Bobino cabizbajo, pues el jabalí había huido definitivamente acosado por los perros, cuyos aullidos escuchábamos.

(Se continuará.)

Notas y recuerdos.

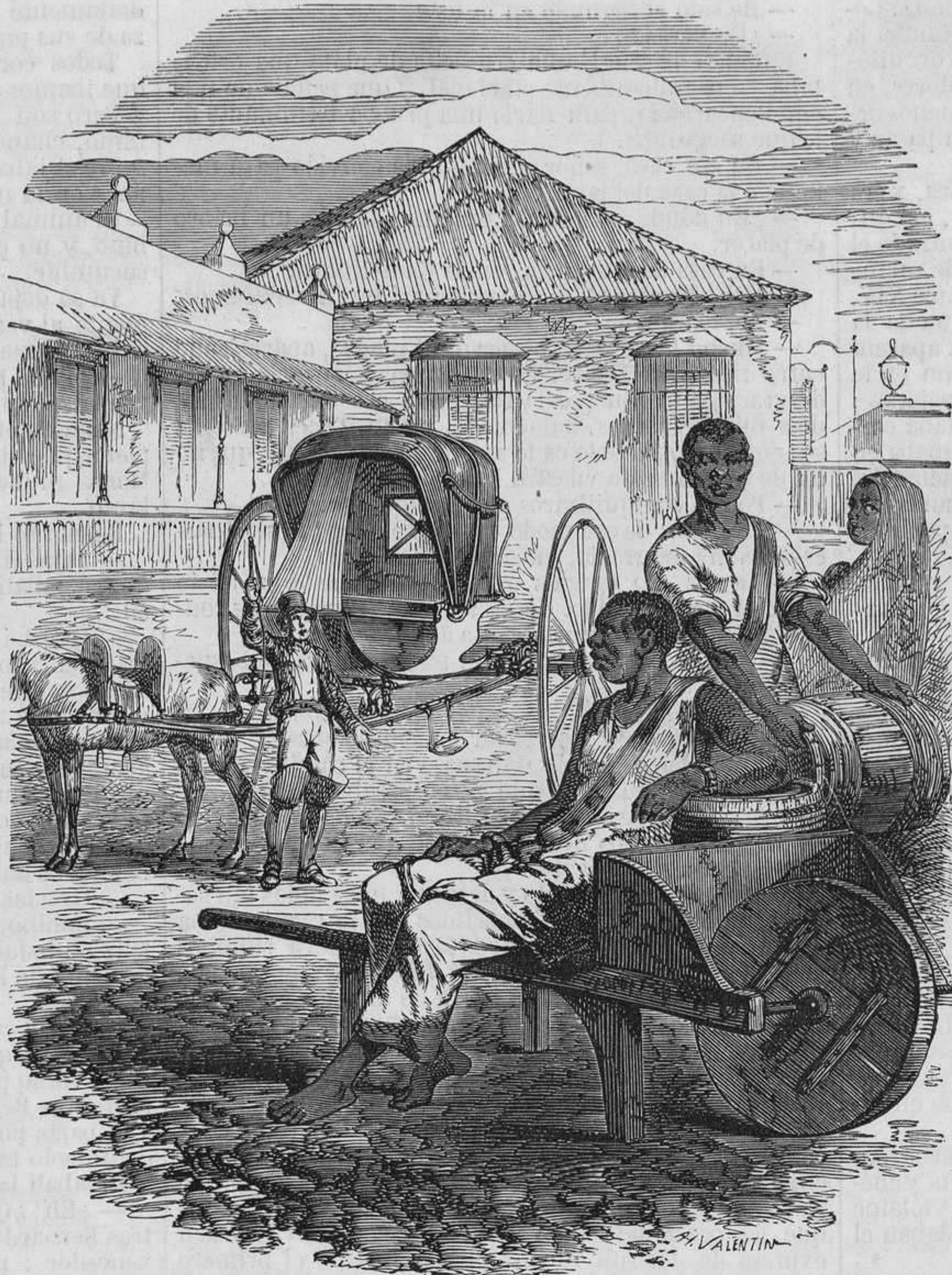
ALREDEDORES DE LA HABANA; — UN HURACAN; UNA VILLA HABANERA; — LA MESA Y LOS CIGARROS; — LOS CARETALES.

Por poderoso que fuese el atractivo que, durante los primeros días, me retuvo en las calles de la Habana, recorriéndolas, juntamente con el paseo y el puerto, desde por la mañana hasta por la noche; por entretenida que estuviera mi curiosidad encontrando á cada paso nuevos objetos de admiración ó de estudio, de recreo ó observación, no podía prescindir del deseo ardiente de ver la vegetación tropical, cuya pobre y comendada muestra me ofrecían cuatro palmeras de la plaza de Armas. Saltar en la primera volanta me era facilísimo; pero á donde dirigirme, cuando ignoraba hasta el nombre de los fuertes que cortan por uno y otro lado, cerca de la ciudad, las líneas sinuosas del

horizonte. Felizmente encontré un punto á que dirigirme en alguna de las cartas de recomendacion que tenia en mi cartera, y que llevaba la direccion de Puentes-Grandes, pueblo situado á algunas millas de la ciudad. Uno de los sobrescritos contenia el nombre de D. Pedro Diago, que reside en él todo el año. — El marqués de la Cañada-Tirri, relacionado íntimamente con esta familia, habia hecho conmigo el viaje á bordo del Isabel, y participado de las tribulaciones de la cuarentena. El marqués, pues, se encargó de presentarme, y tuvo la atencion de venir, en dia concertado, para llevarme en su volanta.

Las cuatro eran cuando partimos, con un tiempo magnífico, atravesando el paseo Tacon, pues por una atencion delicada del marqués, aunque mas largo, habia sido preferido este camino, por ser mas agradable. En efecto, este paseo es encantador. Una llanura inmensa, cuya variada perspectiva ofrece á la vista la mas agradable distraccion, se domina desde él perfectamente. Una cosa se echa de ménos, el mar, oculto por una hilera de colinas, que corona, inmóvil y amenazador, un fuerte bastante considerable. Por un capricho muy comun de la moda, el paseo mas seductor, sobre todo, para los carruajes, está casi desierto. El gobernador general, cuyo nombre lleva, no pudo sospechar, al embellecerlo, que el público lo tratara con tanto desden; pero en punto á paseos, bien puede decirse que la administracion propone, y el público dispone.

Por mágicas que fueran mis ideas acerca de los alrededores de la Habana, debo confesar que no fueron defraudadas. Desde luego encontré cierto carácter de novedad que me encantó, no obstante la escasez de árboles ocasionada por el último huracan, terrible, como suelen serlo allí, y destructor. Si no hubiera visto sus estragos, hubiera juzgado la narracion exagerada. Pero despues de ver en el muelle interior del puerto las ruinas amontonadas de un teatro, despues de ver los lienzos de pared de cerca de tres pies de espesor por tierra, comprendí el poder increíble del viento que no es conocido en Europa. El tejado del Teatro-Italiano fué arrancado de cuajo, y despues, las paredes se estremecieron, se balancearon y concluyeron como él por desplomarse. Multitud de casas, que tenian un piso mas que las otras, tuvieron la misma suerte, y así se concibe, porqué, á consecuencia ó por temor de tales catástrofes, tienen solo, por regla general, un solo piso



Coche de alquiler ó volanta.

las casas. Las palmeras, los cocos, todo árbol, que recto sobre su tronco, remata con el agradable penacho que nos admira tanto, fué derribado al suelo. En ciertas avenidas, sus gigantescos cadáveres cubrian la tierra con una regularidad de alineacion que apenas hubiera podido sobrepasar la disposicion del hombre. Otros mas gruesos, ménos elevados, y cuyo follaje ofrecia ménos

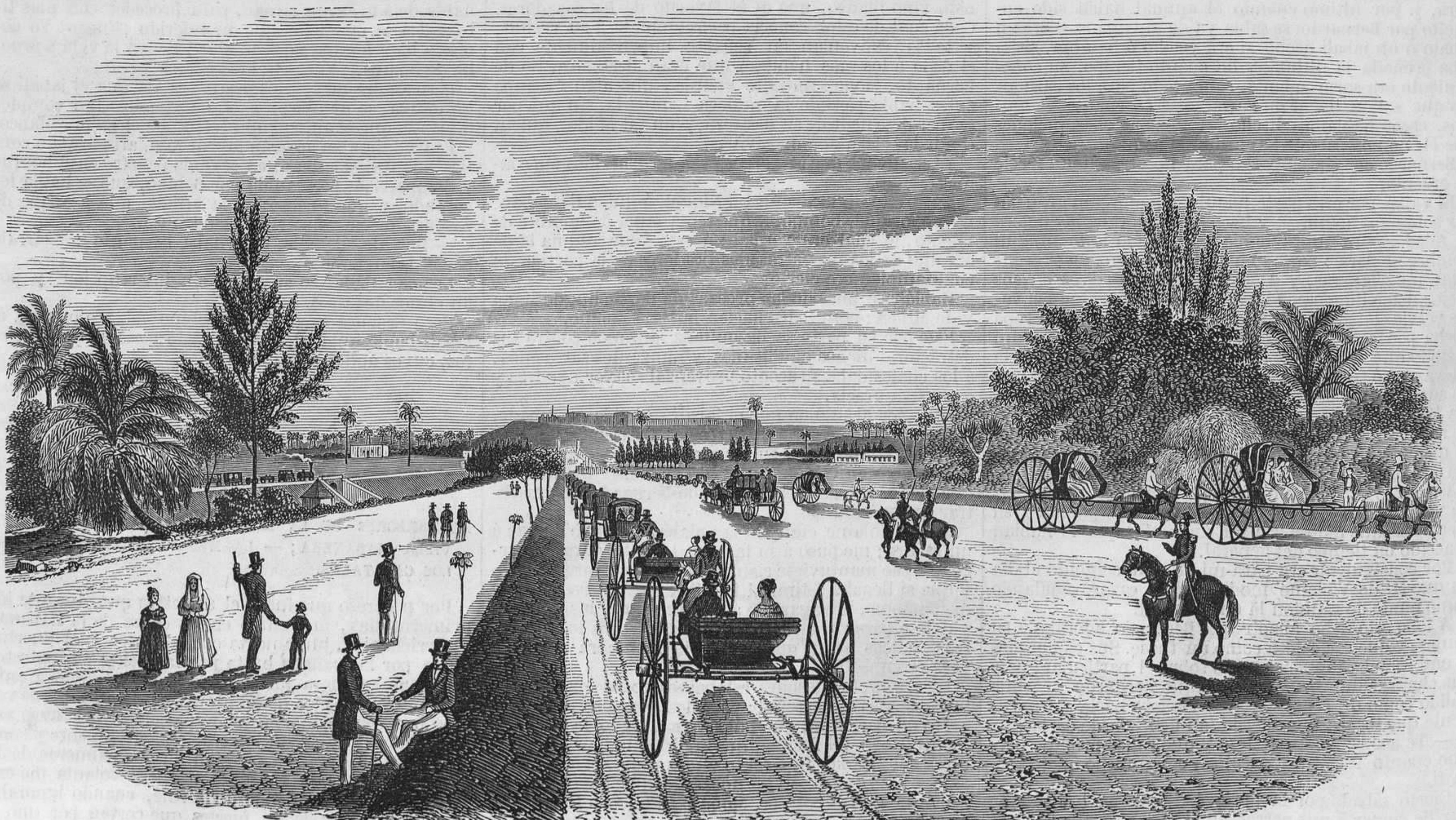
algunas raras mantillas, colgadas de sus caballeros, tostados por el sol de los trópicos. Las ondulaciones de las colinas, el perfil de los fuertes que defienden la ciudad, y la cima de las palmeras se destacaban vigorosamente sobre el cielo, iluminado, como una hoguera, con tintas de oro del sol que se ponía. Las villas bajas y blancas, con sus extensas y abiertas ventanas, y sus

resistencia al viento, fueron tronchados, conservando así su posicion. En aquella sazón, se hallaba en el puerto una escuadrilla francesa, compuesta de tres buques, la fragata *Andromède*, la corbeta *la Blonde*, y el vapor *le Tonnerre*. Desde los primeros momentos se tomaron todas las precauciones posibles, pero esto no impidió que los dos primeros buques arrancaran sus dobles áncoras, rompieran sus cadenas y fueran lanzados al islote de la cuarentena, pelados como dos pontones, sin que les quedara un cabo de cuerda sujeto. Todo se perdió, y con dificultad pudo salvarse una parte del armamento.

Contábame el marqués de Cañada-Tirri que despues de haber arrojado el viento sobre el costado á *la Blonde*, habia llegado, (cosa inaudita,) á arrancar las planchas de cobre, en que estaba forrada, como si fueran hojas de papel, de lo cual se aseguró ocularmente pareciéndole falsa la noticia. Mas feliz fué el vapor, calentando las calderas, y haciendo frente al huracan ahorcajado en las anclas y consiguiendo por este medio salvarse, con la pérdida de los mástiles y la chimenea. La mayor parte de los buques mercantes zozobraron en el puerto; los mas felices tuvieron grandes averías, y el almirante de la escuadra española fué el único que no se perdió.

Calcúlense ahora los estragos del huracan en las plantaciones de la isla. Los causados en los bosques son irreparables. Algo muy semejante habia ocurrido ya en 1844; felizmente, desde entónces, no ha vuelto á repetirse tal cataclismo. La tempestad de 1846 duró cerca de doce horas, durante las cuales, ningun hombre tuvo fuerza para andar por las calles donde se colaba el viento. Si hubiera este trastorno durado algunas horas mas, es probable que hubiera sido destruida la mitad de la ciudad.

En verdad que era grande el contraste entre tan sombríos recuerdos y el espectáculo risueño que teniamos ante los ojos. El paseo Tacon ostentaba sus filas de árboles nuevos, entre los cuales rodaban algunas volantas con sus abigarrados postillones, y se paseaban



El Paseo.

plazas sombrías esmaltaban la campiña, y á lo largo del camino debido al general Valdés, y que nosotros cruzábamos para llegar al Cerro, hileras de rosales y granados inclinaban sus ramas, cargadas de rosas y de las encendidas granadas, que forman tan bello contraste con las cabelleras de azabache de las mujeres de la Habana. ¡Y con todo esto, estábamos en enero!

Rápidamente atravesamos por delante de las verjas de la villa en que residía en verano y se paseaba en invierno, — si merece tal nombre tan hermosa primavera, — el difun-

to conde de Villanueva. Lo mismo hicimos con la suntuosa del conde de Fernandina, admirando al pasar su elegante habitación, sus copudos árboles, sus graciosas sombras, su casa preciosa de año, y atravesando el Cerro, continuamos nuestro camino hácia Puentes-Grandes. Allí la llanura estaba mas desnuda; á la izquierda se veían las paredes blancas del cementerio sobre un fondo de verdura; á la derecha, se levantaba una colina árida, en la que de vez en cuando hacia ejercicios de fuego la guarnición. En el fondo del recinto inmenso que forman las colinas se ostentaba la elegante y vasta villa Diago, que pude admirar á mi gusto ántes de llegar á ella. Un grupo de casas circunvecinas le sirven por aquella parte de puesto avanzado, casas graciosamente asentadas sobre un mogote, y sobre las cuales descuella el campanario de una iglesia de pueblo.

Entre dos luces llegamos á Puentes Grandes.

La villa Diago puede considerarse como el tipo elegante de las habitaciones de los criollos. Construida hace seis años, poco mas ó ménos, está en armonía con las exigencias del clima, y la numerosa familia que la habita. El plano de ella es muy sencillo. Forma tres costados de un cuadrilátero, sirviendo el central de ellos de fachada. Interior y exteriormente reina en toda la ex-

tension del edificio una doble plazoleta, sostenida por columnas elegantes. La plazoleta es una de las invenciones mas felices de los países cálidos, porque deja circular el viento por las espaciosas ventanas abiertas, y protege el interior de los rayos solares y la lluvia, que la falta de vidrios haría insoportables en estío. En la Habana las habitaciones son grandes y altas de techos; pero en los puentes no sucede siempre lo mismo, pues en lugar del cielo raso, las hay con techo inclinado y bajo.

La fachada principal da frente por frente á un puente, y al camino que da vuelta en ángulo recto delante de la casa, ofreciendo de ese modo al interior todo el movimiento y animación de una de las vias mas frecuentadas de la isla. Por allí cruzan sin cesar los vehículos de toda clase, los pintorescos ginetes con sus animadas cabalgaduras, y los que caminan á pié, hácia la ciudad, con la chaqueta ó la capa al hombro, segun costumbre de los españoles.

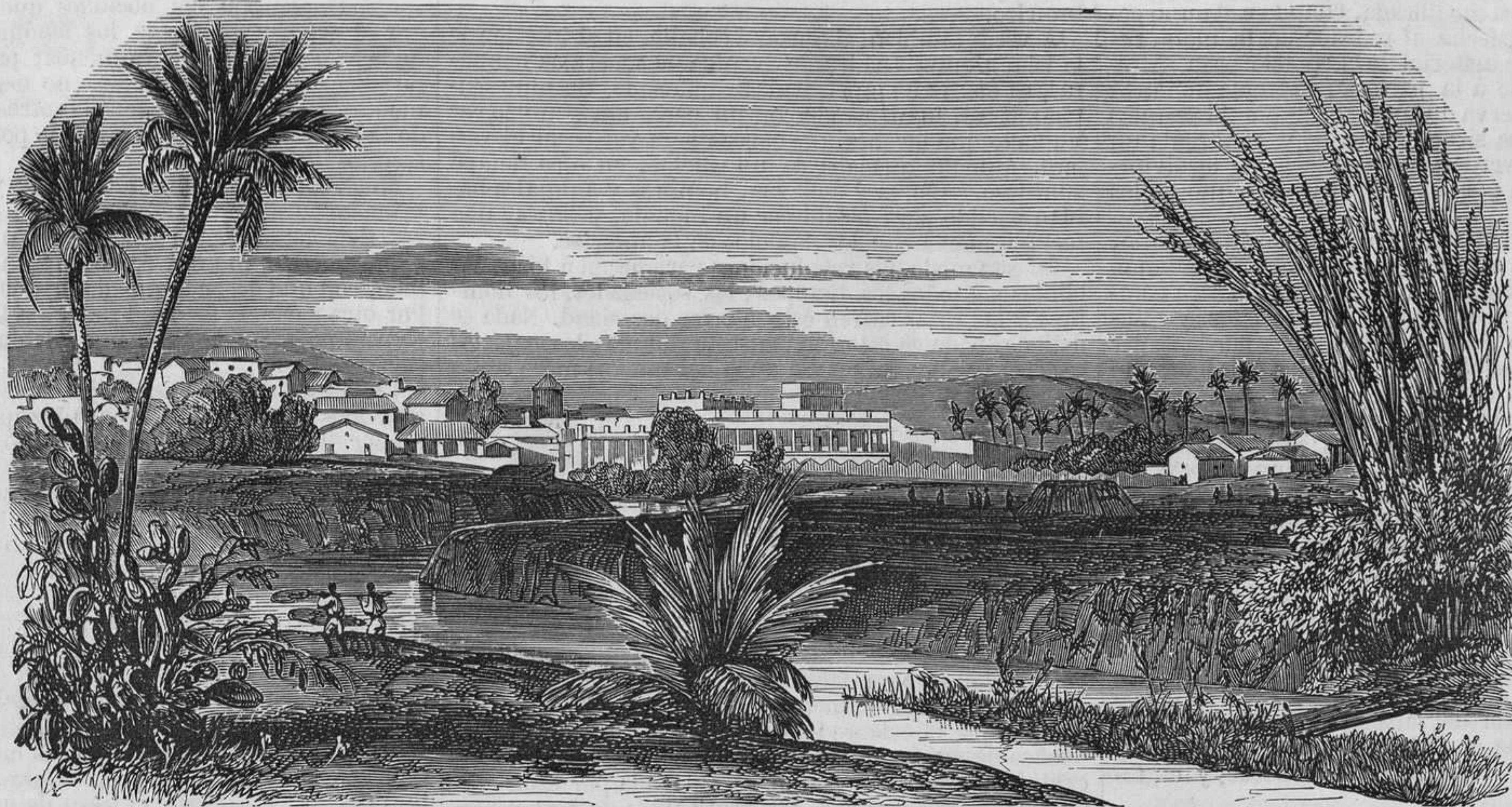
El jardín lateral, de poca sombra, es mas bien un parterre, en el que, por un privilegio de aquel feliz clima, se abren las flores en toda estación. En los estanques saltan los peces bajo la lluvia incesante de los surtidores, y una tortuga de concha preciosa se duerme al sol, en tanto que, mas léjos, las aves acuáticas ocupan

un pabellón flotante, dominio exclusivo suyo. Todo este sistema de irrigaciones, es alimentado por el río, en el cual voga una flotilla de canoas, y donde la sala del baño proyecta en el agua corriente la móvil sombra de su tejado de ramas de palma. A las orillas crecen los gigantes bambús, cuya corteza parece un libro siempre abierto á los aficionados á dejar rastro de su pasaje. No es difícil leer en ellos madrigales cuartetos y toda clase de inscripciones en variedad de tonos y de metros, así como también en variedad de lenguas.

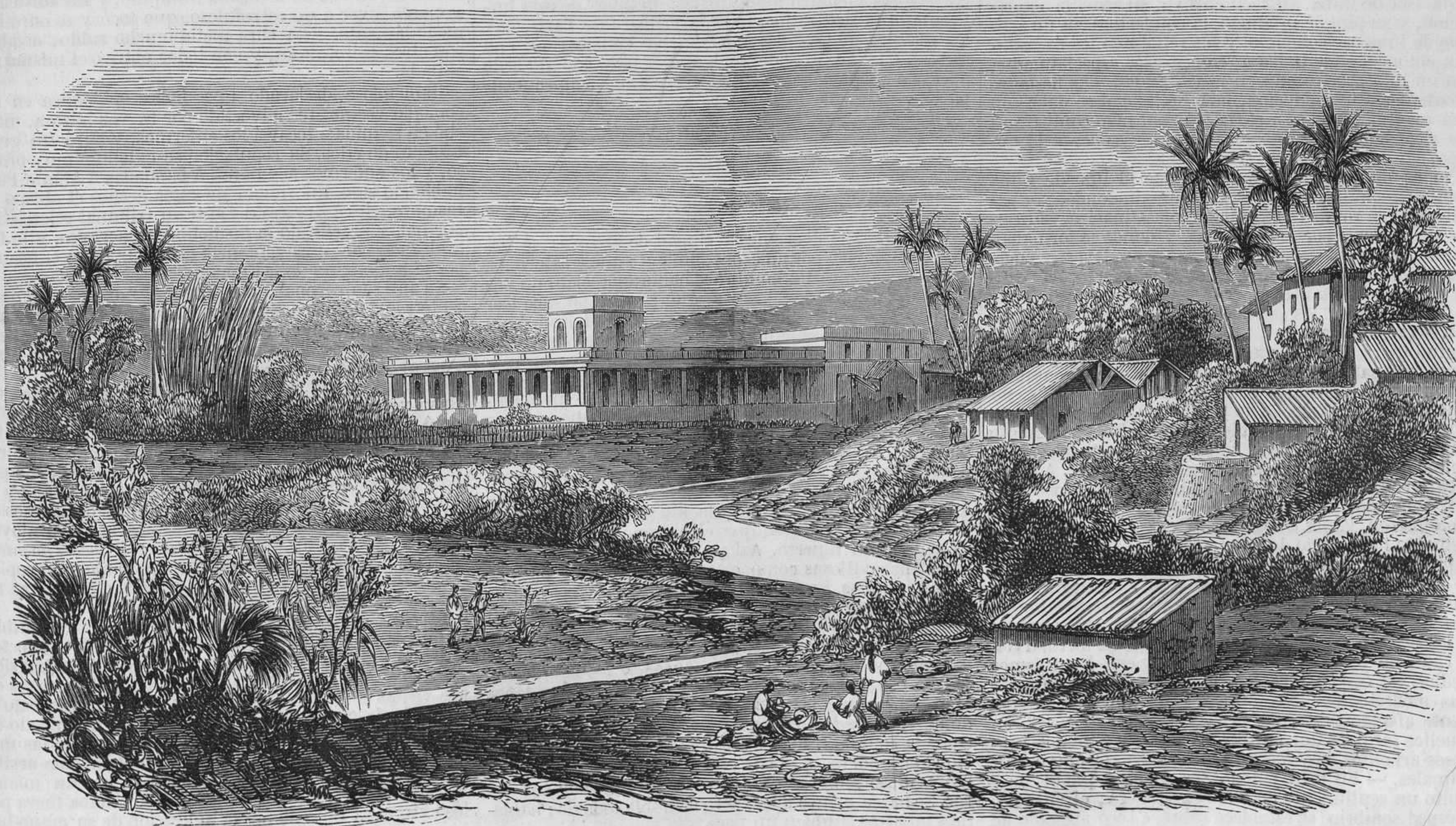
Los habitantes de Puentes forman una familia patriarcal, ya por la amenidad y hospitalidad de sus costumbres, ya por el número de miembros que la componen. Todos los domingos se reúnen por completo, juntándose mas de cuarenta á la mesa, servidos por numerosos criados negros, atentos á adivinar los deseos de todos.

El lujo de los criollos se diferencia mucho del de Europa. En América hay muchos sirvientes y pocas libreas; en el viejo-mundo, muchas libreas y pocos criados. En cambio el servicio está mejor organizado en este último, debido quizá á la escasez de los sirvientes. La verdadera distinción tal vez sería esta: en el Norte se está mejor servido, en el Sur se está mas servido.

De la misma manera varían las comidas tanto por los manjares, como por su distribución; y á decir verdad no sé porque los criollos no debieran preferir la suya, como se prefiere en el viejo continente la que le es peculiar. En materia de gusto, no cabe disputa, y sobre todo, á nada conviene mas el eclecticismo como al arte culinario. Pero existe en las plantaciones de Cuba una moda que encuentro admirable, y de la cual creo muy oportuno decir algo, porque sería muy útil su introducción en Europa para la vida del campo; me refiero al intermedio que separa frecuentemente la comida de los postres.



Pueblo de Fuentes-Grandes.



Villa Diago.

En efecto, cuando ya el apetito se halla apaciguado, y la actividad gástrica modificada, cuando cada uno pasea una mirada satisfecha al rededor de la mesa, renunciando á la parte material de la comida para entregarse exclusivamente á la parte intelectual; mientras que el europeo conserva durante el cambio de manteles, en la Habana se sirven cigarros, y se circula un braserillo de plata, verdadero incensario de la divinidad que queda aun por inventar para el culto de los fumadores.

Encendidos los cigarros, se sale al jardín ó patio, mientras los criados cambian los manteles, instalan el nuevo servicio, y preparan un magnífico postre compuesto de variedad de conservas, dulces secos, y multitud de frutas, cuyo gusto delicado no se puede sentir sino comiéndolas bajo el mismo cielo en que han sido cogidas. Así se evita el momento menos agradable de las comidas, y se vuelve con mas gusto á tomar asiento ante las dulzuras que terminan toda sesión gastronómica. Es de advertir que la hora comun de este entreacto es la de la postura del sol, el momento en que las sombras se extienden desmesuradamente por la llanura, y la brisa del mar siembra por la atmósfera su fresco aliento.

Concluidos los postres, reaparecen con el café los cigarros y las estufillas. Digamos una palabra sobre los cigarros.

¿Donde se fumaría mejor que en la Habana? No pretendemos decidir si esta incesante tentación proviene de la calidad exquisita del tabaco, ó de alguna condición peculiar á la isla de Cuba; pero sea como quiera, allí se fuma como se respira; á todas horas, y en todas partes.

Pero cometería un error quien supusiera que tiene allí este uso el menor de los inconvenientes, que lo hacen reprobar en general por el bello sexo de este hemisferio, (¡reprobar sin éxito, lo cual milita victoriosamente en favor del cigarro!). Se debe tener presente que en la Habana se vive materialmente al aire libre todo el año; que por las ventanas, siempre abiertas, penetran incesantemente las brisas que dispersan y se llevan el humo, sin dejar la menor señal en las colgaduras de los salones. Por eso no es de extrañar la incomodidad que sentía cierto habanero fumando con sus comensales en un salon cerrado, donde se condensaba en invierno el humo de una docena de cigarros, encendidos al mismo tiempo. Y si se hubiera trasportado por casualidad á Alemania, probablemente se hubiera asfixiado, si viajando en la época mas fria del año, se hubiera visto obligado á buscar su parte de aire respirable en uno de los salones de descanso, ó en los wagones, donde cien pipas despiden sin cesar sus bocanadas sofocantes, y en las que no es raro encontrar muchos fumadores que no pueden soportarlas.

A pesar del cambio insensible, al parecer, que la civilización introduce en las costumbres por todas partes; apesar de que la hospitalidad no puede ejercerse hoy en la forma ni en las proporciones de la antigüedad, aun subsiste bastante extendida entre los criollos, aunque la haya perjudicado un poco la decadencia de los cafetales, residencias de lujo que han cedido el puesto á los ingenios del azúcar, explotaciones industriales que no se habitan de la misma manera.

El café fué en cierto tiempo la mayor de las riquezas de la isla de Cuba. Su fácil cultivo, su sencilla explotación, y su pingüe producto, la convertían en un artículo de inmenso comercio, y sus rendimientos se gastaban entonces en la Habana, en las casas especialmente, con un lujo poco comun en la actualidad. Las fiestas se sucedían sin interrupción, la hospitalidad se daba con una magnificencia casi régia, lo cual hizo comparar á sus ricos habitantes con los principales señores de Europa.

No es de creer, sin embargo, que el lujo de Cuba fuera comparable al de Santo Domingo, donde, por pasatiempo, se rompía la vajilla de plata maciza, para tirar sus pedazos por las ventanas, y donde se formaban á mucha costa orquestas completas de esclavos, y cuerpos de coro de jóvenes negras, destinados á tocar y cantar durante la comida, y por la noche. Pero sin buscar en la historia de los cafetales de Cuba estas excepciones, hemos oído referir á un propietario, que, en su juventud (hará unos treinta años), se reunió con otros jóvenes, que partieron de la Habana en número de quince á veinte para una excursión de recreo por la isla. Su itinerario estaba trazado de plantación en plantación, y acostándose aquí, y durmiendo allá, frecuentemente sin conocer al dueño de la casa, fueron en todas partes recibidos, acogidos y festejados soberbiamente. A veces llegaron á cafetales, donde se hallaban ya reunidos amigos, conocidos y viajeros, y entre tanta gente, no se apercebieron jamás de que embarazase la casa un suplemento inesperado de veinte personas. Hoy ya no es lo mismo. La concurrencia, la extensión del comercio de café superior al de la Habana, la cantidad de este producto que trae al mercado el Brasil, han disminuido esta riqueza; la rebaja de los precios ha acarreado la de las rentas; y las casas que han hecho su fortuna con el café, no podrían conservarla hoy con los mismos medios. De espléndidos, los cafetales han venido á ser mas modestos por lo comun, y otros han sido enteramente abandonados, da pena ver crecer la yerba en aquellos jardines tan cultivados ántes, y aquellos preciosos arbolitos, hoy secos ó destrozados por hombres y animales. — En toda ruina, sea la que quiera, hay oculto un sentimiento de amarga tristeza; el silencio, huésped sombrío se establece sobre el eco apagado de los alegres ruidos, y la cabra viene á rumiar en los lu-

gares que solo producian frutos delicados para el hombre rico.

A veces tambien, el cruzar á caballo, en el interior de la isla, alguna cuádruple avenida de soberbias palmeras, se distingue una cabaña abandonada. Un niño sentado al sol, jugueteando con un perro era el único ser humano que levantara la cabeza para ver pasar al viajero. Aquello quedaba de un cafetal, en otro tiempo suntuoso. Señores y esclavos, hombres y animales habian partido para establecer un ingenio, y buscar una fortuna nueva con los despojos de la anterior.

De este modo, las revoluciones pertenecen á todos los climas y á todos los tiempos; las sociedades, los hombres y las cosas sufren esta eterna necesidad. Nada se detiene, nada se estaciona en este mundo; los palacios se erigen sobre ruinas; la cuna del niño se mece sobre un sepulcro.

R. T.

Motor Eriksson.

Las solicitudes dirigidas al capitán Eriksson, pidiéndole permiso para fabricar máquinas conforme á su sistema, son tan numerosas segun dice el *New-York Herald*, que el célebre inventor lo ha concedido á los dueños de muchas fábricas y molinos, mediante una cantidad, casi nominal, que será pagada por cada máquina que se construya. Los fabricantes de Boston han ido á New-York para negociar el derecho exclusivo de la aplicación del nuevo motor á las máquinas en el Estado de Massachusetts, y no hay un punto de la Union donde no se manifieste el mismo deseo. El capitán Eriksson se ocupa actualmente en aplicar dicho motor á las locomotivas empleadas en el servicio de los ferro-carriles. Por último la Europa procura tambien utilizar el gran descubrimiento moderno llamado sin duda á producir una revolución en la mecánica, y parece que á petición de M. Reich, la Academia de ciencias de Paris hará conocer muy pronto á la Francia las ventajas del sistema de Eriksson con las reformas y mejoras que de dia en dia van aconsejando la ciencia y la práctica.

La imprenta es una de las industrias mas importantes de Paris, pues cuenta actualmente 94 talleres, comprendiendo en ellos los de la Imprenta Imperial, ministerio de la Justicia, Casa de Moneda, Tribunal de Comercio y los de los principales periódicos. Ocupanse en estos talleres 3,583 operarios de los cuales 2,326 son cajistas, 743 prensistas, 152 maquinistas y 162 correctores de pruebas. Estos números aumentarían considerablemente si contásemos los obreros que se emplean en industrias accesorias, tales como la fundición, la estereotipia, la construcción de prensas y otros utensilios de imprenta, las fábricas de papel, etc., etc. Solo en la Imprenta Imperial hay 144 cajistas, 193 prensistas, 12 correctores y cuatro maquinistas. Despues de esta imprenta, que naturalmente es la primera de Paris, hay alguna otra que emplea mas de cien cajistas; pero en cambio hay alguna tambien que se pasa con un solo operario y puede dar gracias si tiene siempre ocupacion.

Ciencias.

Hace algunos dias que la ciudad de Bruselas se hallaba conmovida por un acontecimiento que trastornaba todas las cabezas. Un hombre se habia aparecido, un pobre diablo, mozo de labranza, que se dice no sabe leer ni escribir, hábil solamente en preparar el lino, honrado en el fondo, sencillo y de buen carácter. Este hombre hacia maravillas, hacia lo que los médicos encanecidos sobre los libros é instruidos por la práctica no consiguen hacer siempre: curaba; pero curaba sin medicamentos, sin drogas, sin recetas farmacéuticas y por el procedimiento mas simple; ponía las manos sobre el dolor, y el dolor desaparecía; tocaba el ojo que habia perdido la vista, y la recobraba; los paralíticos marchaban, los sordos oían, era una retahíla de milagros inauditos; y con ayuda del entusiasmo popular, ha faltado poco para que se dijese que el paisano de Waes habia resucitado un muerto. Así va el mundo; cuando hay cosas maravillosas como esta, la imaginación pública crea montañas. Era curioso ver á Driesken-Nypers (así se llama nuestro hombre) perseguido en todas las calles por gentes á pié, por coches magníficos, sitiado en todas las casas donde entraba, y los grupos estacionados contando historias de sus curas, y los agentes de policía pasearse al rededor de los grupos para mantener el orden, y los cafés y fondas llenarse de gente cerca de donde el *curandero* habia hecho una cura prodigiosa, ó contada como tal. Esto duró tres dias; luego desapareció el curandero, y el entusiasmo se calmó. El hombre maravilloso habia ido á otra parte á continuar sus curas. Se habla menos de él, pero se habla todavía; hablemos nosotros tambien un poco.

Cada vez que nos encontramos frente á frente de un

hecho que sale de los casos ordinarios, que se halla en contradicción con las nociones que hemos adquirido por el exámen atento de los fenómenos naturales, la duda es permitida por lo menos; pero si es necesario no creer fácilmente, es preciso no negar tampoco fácilmente; pues ¿qué sabemos nosotros de los fenómenos de la naturaleza? ¿Nos ha revelado por ventura todos sus secretos?

Muchas personas vienen y dicen: yo estaba enfermo y me ha curado; yo sufría y me ha calmado mis dolores. Esas gentes no tienen interés en engañarnos, pues ¿porqué creer que nos engañan? La ciencia no lo sabe todo, con que así; con qué derecho haría la desdenosa? Por otra parte, la facultad de que está dotado Driesken-Nypers no es nueva, si hemos de dar crédito á ciertos libros viejos.

En efecto, uno de los pensadores mas vigorosos y atrevidos del siglo XV, Pedro Pomponace, no tiene la menor dificultad en admitir en uno de sus libros, que hay hombres dotados por la naturaleza de la facultad de curar algunas enfermedades por una emanación que la fuerza de su imaginación dirige sobre el enfermo. Cuando ellos emplean esa fuerza, dice, afecta su sangre y sus espíritus animales, que por una evaporación impulsada fuera, producen tales efectos. Para obtener esos efectos, es preciso tener una gran fe, *magnam fidem*, una imaginación fuerte y una voluntad firme, *vehementem imaginationem et fixum desiderium*, y estas disposiciones no se encuentran en todos los hombres.

Pomponace no cita á nadie en particular; pero parece resumir en estas palabras algunos hechos de los cuales ha sido testigo; y Pomponace no era un hombre crédulo, pues ha compuesto el libro de que hablamos para demostrar que los prodigios atribuidos en su tiempo, sea á la mágica, sea á la intervencion de los demonios, son supercherías ó efectos producidos por una causa natural que no se ha sabido descubrir.

Pero esto no es mas que una teoría, y no vemos en ello ningun hecho preciso, determinado y concluyente. Es preciso llegar al siglo XVII para encontrar un hombre que presente fenómenos análogos á los que se nos dice que produce Driesken Nypers.

Este hombre, llamado Valentín Greatrakes, era un *gentleman* irlandés, nacido en Waterford el 14 de febrero de 1628. A la edad de trece años, la formidable insurrección de 1641 le obligó á refugiarse con su madre en Inglaterra, y luego volvió á Irlanda, mientras que Cromwell la pacificaba á su manera. Pasó un año en el palacio de Coperquin, entregado á la contemplación y sujeto á unos accesos irregulares de éxtasis. Es probable que los desastres sangrientos de que su país fué teatro influyeron poderosamente en su imaginación. Entró á servir en el regimiento de lord Orrery, y sirvió contra los rebeldes; fué licenciado con su regimiento en 1636, y obtuvo el destino de juez de paz, que perdió con la restauración. La inacción á que se vió obligado le volvió á la contemplación y á los éxtasis. Un dia oyó una voz que le decía que él habia recibido el don de curar los lamparones; perseguido por esta idea, que combatía su razón, la tuvo secreta durante muchos meses; pero al cabo se la comunicó á su mujer, que no vió en estos fenómenos mas que una lesión de la imaginación. Greatrakes pensó al principio como su mujer, pero sin embargo, la voz no le dejaba tranquilo, y fué misteriosamente á ver á un escrofuloso, que tocó y se curó inmediatamente. Esta cura metió mucho ruido; acudieron otros escrofulosos, y con todos obtuvo el mismo resultado.

Habiéndose declarado una fiebre epidémica en un condado vecino, fué advertido por la voz misma, marchó en seguida á tocar á los enfermos, y curó un gran número de ellos. Su reputación se extendió muy pronto, y los enfermos acudieron á bandadas á Alfane. Pero habiendo sido informado de estos hechos el obispo de Lismore, citó á Greatrakes ante su tribunal eclesiástico por haber practicado la medicina sin permiso, y le fué prohibido por una sentencia el tratar á los enfermos por la imposición de las manos.

Su antiguo coronel, lord Orrery, no hizo caso de la sentencia del obispo. Su cuñada, la condesa de Conway, padecía despues de muchos años unos dolores de cabeza inveterados, y confiada al cuidado de Greatrakes la curó á pesar de la sentencia.

Greatrakes dejó la Irlanda en 1666, y el rey Carlos II quiso verle en Whitehall. Hizo curas en Londres, y se alojó cerca de un hospital, donde iba todos los dias á tocar los enfermos. Tuvo partidarios, pero los pensadores francos de la corte ligera y brillante de Carlos II no podían acomodarse á la simplicidad de los modales y al espíritu piadoso de Greatrakes, y algunos cortesanos le persiguieron con sus burlas. Un médico, el doctor Lloyd, escribió contra él un folleto titulado: *Wonders no miracles* (los prestigios no son milagros). Se hicieron copias y canciones contra el *curandero*, y se le dijo netamente que era un charlatan.

Otros médicos tomaron su defensa. El doctor Stubbe publicó una respuesta al folleto de Lloyd; el doctor Fairclow señaló infinitas curas de que él habia sido testigo; y Astelins, que habia seguido á Greatrakes en sus visitas al hospital, citó hechos concluyentes bajo la garantía de su buena fe y de su ciencia. El método de Greatrakes, segun Astelins, consistía en aplicar las manos á la parte dolorida, y dar frías ligeras de arriba abajo. Cuando un dolor se habia fijado en un miembro, le hacia bajar poco á poco, y le echaba fuera por los extremos. Cuando por la aplicación de su mano habia excitado la acción de la naturaleza, se producían erecciones de diversos géneros, como sudores, evacua-

ciones albinas, vómitos, etc. Los dolores se hacían muchas veces mas vivos cuando él comenzaba á operar, y á fuerza de fricciones reiteradas iban cediendo y salían por los extremos.

Las enfermedades que Greatrakes ha tratado son muy numerosas: la parálisis, la ceguera, la sordera, la hidropesía, la pleuresía, fiebres de todas clases, dolores de ceática, tumores, cánceres, lamparones, etc., y todas han sido curadas por el simple tacto, si se ha de dar crédito á sus apologistas. Algunos enfermos recayeron en el mismo estado despues de una cura aparente; otros no pudieron ser curados á pesar de todos sus cuidados, pero el mayor número obtuvo una cura completa.

Los médicos cuyos nombres hemos citado y muchos eclesiásticos, han hecho el elogio de las costumbres de Greatrakes, y dicen: era bueno, honesto, religioso, no recibía dinero ni otras recompensas de nadie, y se dedicaba á cuidar los enfermos por pura caridad.

Pasó un año en Londres, y fastidiado de ocupar la atención pública con su persona, volvió á Irlanda en 1667, y murió olvidado en 1680.

El siglo siguiente vió nacer un hombre que metió mucho mas ruido que Greatrakes, y ocupó la atención pública en Europa durante muchos años.

Este hombre, llamado Juan José Gassner, había nacido en Bratz, frontera del Tyrol y de la Suabia; estudió en Inspruck, y obtuvo en 1758 el curato de Klosterle, en la diócesis de Coire. Hacía quince años que desempeñaba estas funciones, cuando se esparció el rumor de que curaba las enfermedades por la simple imposición de las manos; y aun se dice que había curado á la condesa de Wolfegg por correspondencia. Algunos enfermos fueron á Klosterle y volvieron curados, de suerte que muy pronto se los vió llegar por bandas de quinientos á seiscientos á la vez. Pueblos enteros se despoblaban, y el buen cura no sabía á quien atender, pero sin querer recibir nunca ninguna retribución. De todas partes recibía cartas por las cuales los enfermos lejanos que no podían ir cerca de él reclamaban sus cuidados. Obtuvo por fin el permiso de su obispo para ausentarse, y fué sucesivamente á Wolfegg, Weingarten, Ravenspurg, Detlang, Kirchberg, Morspurg y Constanza, donde hizo curas numerosas.

Este buen cura contaba que, atormentado despues de mucho tiempo por un dolor de cabeza insoportable que los médicos de Inspruck y Praga no habían podido curar, había buscado en las obras contrarias á los exorcismos medios de curar que el arte no había encontrado. Según él, las enfermedades podían ser clasificadas en tres especies: enfermedades naturales, para las cuales la medicina tiene remedios; enfermedades diabólicas, contra las cuales no había mas remedio que un exorcismo hecho con fe; y enfermedades por *concesion*, en las que está complicada la invasión diabólica y la afección natural, contra las cuales el exorcismo se hace impotente en parte.

Estas explicaciones no persuadieron mucho al cardenal obispo de Constanza, que le mandó volver á su curato en 1774; pero las curas auténticas que le fueron presentadas y las reclamaciones de los enfermos, decidieron al cardenal á darle el permiso de volver á Constanza, y continuar sus exorcismos, lo que él hizo con ostentación en Elwag, Sulzbach y Ratisbona durante todo el año de 1775.

En Sulzbach hubo una afluencia considerable de enfermos de Alemania, de Suiza y de Francia; la cura del bailío de la provincia de Borgoña, que padecía de la gota, metió mucho ruido.

Los exorcismos se practicaban en una gran sala en presencia de muchos testigos. Un notario ó cualquier otro funcionario público llevaba un registro de las preguntas y respuestas y de las menores circunstancias; y estos registros eran firmados todos los dias por los asistentes, fueran quienes fueran, y ninguna de estas actas, á las cuales concurrían médicos y sabios de todas clases atraídos por la curiosidad, ninguna contiene una sola protesta. Es preciso advertir que Gassner era completamente desinteresado, que llevaba una vida muy simple y muy austera, y que rehusaba las remuneraciones que le ofrecía un justo agradecimiento.

Para convencer á los espectadores con hechos, Gassner hacía sufrir al pulso de los enfermos variaciones súbitas y extremas. Federico I, duque de Wurtemberg, abuelo del rey de Wurtemberg, quiso hacer la experiencia. Escogió enfermos, nombró los médicos que debían tomarles el pulso, y designó los testigos. A petición sucesiva de los médicos y á la palabra del exorcista, el pulso pasaba por todas las variaciones. El acta de esta sesión tan curiosa fué firmada por el príncipe y sellada con su sello, firmándola además todos los asistentes. Así se conserva aun en los archivos de Wurtemberg.

No todos quedaron convencidos por estos hechos. El padre Sverzinger, teatino, que presencié los exorcismos, declaró que no había visto nada de maravilloso, ni, sobre todo, de diabólico; pretendió que las curas obtenidas eran explicables por algun principio físico desconocido aun, pero que sin duda se descubriría.

El célebre De-Haen, médico de María Teresa y profesor de medicina práctica en Viena, fué encargado de examinar los hechos relativos á Gassner; pero desgraciadamente no fué testigo de ninguna operación, y tuvo que referirse á las narraciones que se le hicieron. De-Haen, que no creía mucho en la mágica, había establecido en Viena un hospital de poseídos, donde se había convencido de que estos desgraciados no eran mas que maniáticos ó melancólicos. Su libro *Magia examen* (1774), tenía por objeto esta demostración, y sin embargo en

su obra de *Miraculis*, que publicó en 1776, parece inclinado á creer que es necesario considerar como de naturaleza diabólica ciertas enfermedades curadas por Gassner por medio del exorcismo. Aquello de que De-Haen no comprendía la causa, lo llamaba diabólico, y era una manera de eludir las dificultades.

Sin embargo, la autoridad eclesiástica se conmovió por el ruido que hacían las operaciones de Gassner y de la guerra de plumas que había suscitado. El obispo de Constanza y los arzobispos de Praga y Saltzbourg prohibieron á Gassner que continuase sus trabajos, y José II, por su rescripto de 1777, le obligó á salir de Ratisbona, donde el entusiasmo por él se aumentaba cada día.

Gassner se retiró á Budorff, donde murió el 4 de abril de 1779. Despues de su salida de Ratisbona habían cesado completamente sus operaciones curativas, y no se pensó ya en él.

He aquí unos hechos auténticos y mas que suficientemente garantizados. ¿No se puede sacar de ellos alguna conclusión en favor de *Driesken-Nypers*?

Este hombre sencillo, completamente lego, no ha oído sin duda en su vida hablar de Greatrakes ni de Gassner; ignora las maravillas que se han atribuido al uno y al otro, y sin embargo parece que produce los mismos efectos y por los mismos medios. Cura como ellos por la imposición de las manos, por el simple tacto, por una virtud simpática, en cierto modo, tan inexplicable en él como en los otros. El doctor Van-Housebrouk, de Exearde, parece que ha recogido algunos hechos que confirman lo que anuncia la voz popular. Nosotros mismos tenemos de una persona digna de crédito el hecho de haber aliviado en pocos minutos los dolores de un hombre que padece un terrible reumatismo. Estas son cuestiones que sería fácil resolver, y que merecían ser resueltas.

Hace mas de setenta años que el magnetismo es el objeto de vivas discusiones; los unos tienen en él una fe ciega, los otros no quieren reconocer en él mas que el charlatanismo; pero esos debates interminables no han resuelto nada! Si en efecto, Driesken-Nypers está dotado de la facultad que se le atribuye, la prueba cierta de esa facultad, ¿no sería un gran paso en la cuestión tan controvertida del magnetismo? Una vez que fuese establecido que por el simple tacto, por esta fuerza que Pomponace describía con tanto atrevimiento, Driesken-Nypers cura realmente los enfermos y alivia los dolores instantáneamente, ¿porqué rehusaría uno creer que la facultad de que está naturalmente dotado no podría ser obtenida artificialmente bajo ciertas condiciones?

— Con razón ó sin ella, el rayo pasa por capaz de todo en punto á fechorías y extravagancias; él solo se asume la responsabilidad de un número inmenso de esos hechos *diversos*, referidos en las columnas altas de los diarios, y que tanto agradan al lector no científico. Sin embargo, bajo la capa de la Academia, y de consiguiente al abrigo del delito de noticias falsas, vamos á reproducir una historia referida con mucha gracia, en la que se verá que dejar descubierto á un transeunte, registrarle los bolsillos, soplarle el reloj y quitarle el dinero dejándole la vida, es para el fuego del cielo negocio de un instante, de un millonésimo de segundo.

« El lunes 17 de mayo á las once de la noche, dice M. H., me dirigía á mi casa por la calle de Saint-Guillaume, la calle de la Chaise y la de Varennes, cuando un trueno fuertísimo me hizo apresurar el paso creyendo inminente una lluvia torrencial. Apenas había dado cincuenta pasos, cuando retumbó un segundo trueno al mismo tiempo que brillaba el relámpago. Principiaron á caer gruesas gotas, y como me hallaba á dos ó trescientos pasos de mi casa, eché á correr. De súbito me ví envuelto en una luz tan fuerte que sentí un vivo dolor en los ojos. Resonó instantáneamente un trueno espantoso, y mi sombrero fué volando á diez pasos de mí, á pesar de que no soplaban el menor viento. La sensación que había experimentado en los ojos fué tan violenta, y tan cruel mi temor de haber quedado ciego, que toda mi atención se fijó en esto, de suerte que no puedo decir si experimenté otra cosa que la sacudida eléctrica propiamente dicha, la cual no fué muy violenta.

» El último trueno fué seguido de un torrente de lluvia. El agua que cayó sobre mi cabeza disipó bien pronto mi aturdimiento y mi deslumbramiento, que apenas habían durado siete ú ocho minutos, y fué tan grande mi alegría de ver que veía bien, que recorrí tan ligero como alegre la pequeña distancia que me separaba de mi casa.

» En el momento de acostarme, quise sacar mi reloj, y solo entonces advertí las huellas del paso de la descarga eléctrica á través del bolsillo izquierdo de mi chaleco, pues tenía en el fondo un agujero por el que cabían dos dedos, y sus bordes parecían quemados. El chaleco era de cachemira, el forro del bolsillo de percalina, y el segundo forro interior de paño.

» Como yo corría para llegar á casa antes que descargase la nube, la cadena de mi muestra formaba por delante un círculo saltando sobre mi chaleco, y probablemente el rayo la tomó por el medio, que era el punto mas bajo de su curvatura, puesto que la parte superior, fijada en un ojal de mi chaleco, no sufrió el menor deterioro, mientras que el gancho que retenía la muestra había desaparecido con los dos primeros eslabones de la parte inferior. Este gancho era de plata (como toda la cadena), pero tenía interiormente una rodajita de acero para la solidez del tornillo. La cadena era maciza y de forma de barbada. Por lo demás, he aquí los efectos que pude comprobar:

» Un anillo de oro, que reunía varios miriñaques, había sido hecho en cinco pedazos. La llave de la muestra, que era de acero, recubierta en el cañon de una hoja de oro, había desaparecido completamente, ménos la hoja de oro, que estaba intacta. Una brujulita de plata había tenido sus polos invertidos: en cuanto á la muestra, esta no presentaba ninguna señal exterior de deterioro, ni aun en el anillo de que había sido arrancado el gancho de la cadena. Pero aunque no eran mas que las once y media, las agujas señalaban las cinco ménos cuarto, y se había parado. Persuadido de que se había roto el muelle ó alguna otra pieza, puse la muestra sobre la mesa con intencion de enviarla al relojero el dia siguiente; pero por la mañana, habiéndome ocurrido el darle cuerda para ver hasta qué punto estaba deteriorada, ví las agujas ponerse en movimiento con una marcha muy regular que no ha variado desde entónces, como si el rayo, al mismo tiempo que dislocaba las agujas, hubiese desbandado el muelle y conducido bruscamente al extremo de su carrera.

» Al lado de mi muestra tenían tambien, en el momento de la nube, un medalloncito de hierro de Berlin, con el aro de oro, y una llavecita de oro. Ambos objetos desaparecieron completamente, arrebatados sin duda con el gancho de la cadena por el agujero hecho en el bolsillo del chaleco. La cadena, que había servido de conductor, no conservaba ninguna huella exterior del paso de la descarga. Yo sentí solamente á la mañana siguiente unas fuertes agujetas, como las que resultan de un ejercicio violento y á que uno no está habituado; pero ninguna señal se advertía en mi ropa ni en mi piel.

» Debo notar aquí una particularidad de mi vestido que puede no haber sido indiferente á la producción de esos efectos. He contraído en España la costumbre de traer sobre la camisa, y de consiguiente bajo el chaleco, una faja de seda encarnada que me da cuatro vueltas y tiene de ancho de 13 á 20 centímetros. Esta faja ¿no me habría preservado, determinando el paso de la descarga por la superficie de mi vestido mas bien que por lo interior de mi cuerpo?»

En apoyo de esta relacion leída ante la Academia por M. Biot, se presentaron los objetos tocados por el rayo, tales como la brujulita de plata y la capa de oro de la llave del reloj sin el cañon de acero. El tenor de la relacion y el carácter del sabio que la ha presentado, responden con bastante seriedad de la exactitud del hecho para que nos apresuremos á reproducirlo.

Gustos gastronómicos

DE ALGUNOS PERSONAJES CÉLEBRES.

Lord Byron, célebre escritor inglés, muerto en 1824, no aparece en nuestra lista mas que por la singularidad de sus gustos y sus hábitos en punto á alimento: no decimos en punto á gastronomía, porque su nombre no es digno de figurar en los anales de este arte por excelencia. Sépase pues que lord Byron no se desayunaba ni cenaba: su único banquete, que él llamaba su comida, se componía de queso añejo de Cheshire en estado de descomposición completa, de pepinos y de berzas encarnadas conservadas en vinagre. Comía mucho queso, el que acompañaba con sidra ó cerveza de Burton. Tomaba además mucho té. Despues de la comida había vino y licores. ¿Y se creará que lord Byron, á pesar de su talento y su escepticismo, era supersticioso? No hubiera emprendido nada importante en viernes: derramar el salero ó la vasija del aceite, le parecía de mal agüero; pero tenía por de bueno el derramamiento del vino, consuelo con el cual no se acomodaría un buen bebedor.

Refranes

DE LOS NEGROS DE SANTO DOMINGO.

No todos los que llevan espuela tienen caballo.
Cuelga tu cesta donde la alcances.
Los huevos no se deben mezclar con los guijarros.
Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba.
¿El sapo no tiene camisa, y quieres que vista frac?
La lepra dice que os está apegada, sí, pero es para roeros las carnes.
El cuchillo que en la calle se encuentra, en la calle se pierde.
El que quiera amasar que amase su propia harina.
Todo el mundo sabe lo que frie tu sartén.
El zapato es el que sabe si tiene punto la media.
Todo manjar es bueno para comer, pero toda palabra no es buena para decir.
Juega con el macaco, pero no le tires de la cola.
Cuando atraveses el río no maldigas á la madre del caiman.
El perro tiene cuatro patas, pero no puede á la vez andar por cuatro caminos.
El saco vacío no se puede mantener en pié; para trabajar es preciso comer.
La culebra que teme ser pisada que no salga al camino.
Quien teme á las pulgas que no juega con los perros.
El buen gallo en todo gallinero canta.

Marruecos.



Vista general de Tetuan.

Antes de exhalar Mahoma el último suspiro había recomendado á su sucesor aunque sin designarle que purgase la tierra sagrada de todos los infieles llevando la fé á todos los extremos del mundo, y los árabes se esparcieron por obedecer esta ley.

El año 22 de la egira (640 de la era cristiana) conquistaron el Egipto, y en 645 Abdallah hizo la primera incursión en la Numidia; en 665 volvió á invadir el Africa á la cabeza de 40,000 combatientes, y caminando de triunfo en triunfo recorrió las llanuras, las montañas, los desiertos, y llegando con su caballo á la orilla del Océano, á las costas de Marruecos, exclamó: « ¡ Gran Dios! ¡ Ya ves que solo el mar detiene mi paso! »

Sin embargo el mar no debía contener á los árabes; pero antes de atravesar el estrecho de Gibraltar hicieron alto en las playas á donde Abdallah los había conducido.

Los pueblos establecidos entonces en esa parte del Africa que forma el Imperio de Marruecos actualmente eran conocidos por el nombre genérico de moros, y se dividían en tres tribus que pueden reconocerse aun con facilidad: los berberiscos, los scelloks y los moros pro-



Vuelta de las bodas en Tánger.

chazaron la invasión de los árabes, y las dos veces tuvieron que ceder á la fuerza numérica. En fin los árabes hallando sus mismas costumbres entre los moros, les hicieron entender que todos tenían el mismo origen; les predicaron su religion, y para ocupar su actividad turbulenta, Muza-Ben-Nozeis se llevó consigo gran número á la conquista de la España.

fielos; pero si desde aquella época no cesaron las hostilidades, no por eso puede decirse que se han extinguido los odios.

Hará unos diez años que habiendo ido á caza el señor D. Victor Darmon, cónsul español en Mazagan, y viéndose insultado por un moro, descargó sobre este su es-

fenderla como un hombre. En vano los moros que permanecieron en España abrazaron la religion política y se sometieron á todas las exigencias de los vencedores; la tiranía creciente de que fueron objeto les obligó á sublevarse, y en 1610 fueron expulsados del reino por un decreto de Felipe III, durante aquella emigración cerca de un año. Hiciéronse las mas escrupulosas investigaciones para encontrar á los que pudieran haber escapado de la proscripción general, y en 1614 los comisarios de la inquisición declararon que habiéndose cumplido las órdenes del rey, podía la España considerarse libre de la serpiente que habia abrigado en su seno.

Después de dos siglos se renovó la guerra entre los moros y los españoles, siendo estos los que tomaron la ofensiva, fundando un reino cristiano en la tierra de los in-



Judio tangeriano.



Judia marroca.



Soldado marroco.

piamente dichos. Los habitantes de estas tribus habian sido siempre subyugados por sus vecinos, viéndose sucesivamente sometidos á los cartagineses, á los romanos, á los vándalos y á los griegos del bajo imperio. Algunas veces se habian insurreccionado contra sus opresores, pero siempre fueron vencidos. Dos veces re-

Una sola batalla, la del Guadalete (710) decidió la suerte de la goda monarquía, y los árabes en union con los moros fundaron en España un reino que debia durar ocho siglos. En 1491 fué cuando Abdallah-el-Taquir cedió al rey Fernando la ciudad de Granada que abandonó llorando como una mujer no habiendo sabido de-

copeta matándolo en el acto; después de lo cual se guareció en la casa del cónsul de Cerdeña. El pueblo se amotinó, el mandarin de Mazagan sin respetar mas la casa del cónsul de Cerdeña que el carácter del individuo se apoderó á viva fuerza del señor Darmon vice-cónsul de España y le hizo cortar la cabeza en medio de los

aplausos de un público frenético.

Al saber esta noticia, la España, la Cerdeña y las demás naciones de Europa se conmovieron. El cónsul de Tánger pasó una nota al emperador de Marruecos pidiéndole una satisfacción; la España organizó y envió una expedición militar para vengar el ultraje; el emperador de Marruecos hizo también sus preparativos proclamando la guerra santa contra los infieles á pesar de lo cual dió una cumplida satisfacción al rey de Cerdeña, diciendo que sentía mucho lo ocurrido y que semejantes atentados no se repetirían más.

Si la España se hubiera visto libre de disensiones intestinas, indudablemente hubiera hallado motivo en la desgraciada ocurrencia de su vice-cónsul para tomar una parte principal en esa preponderancia que el Occidente parece ir tomando sobre el Oriente. Vemos que la Rusia trata de apoderarse de Constantinopla; que el Austria pasa los Alpes extendiendo su dominación hasta las orillas del Adriático, que la Inglaterra conquista el Asia después que posee la isla de Malta y el castillo de Gibraltar, que la Francia pone en Argel los cimientos de un imperio sólido, mientras realiza en Egipto los grandes proyectos de Napoleón; ¿por qué pues la España no podía haber empezado á dilatar sus dominios en las costas musulmanas del Mediterráneo?

Todo hacia esperar este resultado. El imperio de Marruecos dividido todavía por los odios de raza, parece dispuesto á una revolución que no tardará tal vez en estallar, no solo porque los berberiscos ejercen una tiranía exclusiva, sino porque

lugar de civilizarse, en vez de permanecer estacionados como los chinos y otros pueblos del Asia, puede decirse que retroceden, siendo su vanidad igual á su ignorancia; pues se creen tan superiores á los europeos, que ni

herido por el rayo; después se arrodilló, llevándose las manos á la frente; estuvo un momento inmóvil con los ojos fijos, el cuello estirado y los brazos extendidos como para impedirnos pasar adelante, y luego empezó á

en consultas sobre el estado de su salud. El único de quien podemos tomar algún detalle es el capitán inglés Beauclerk.

« Caminamos, dice este viajero, y de pronto se presentó á nuestra vista la ciudad imperial con sus merquitas, sus minaretes, su fortaleza en el centro de una vasta llanura cubierta de palmeras, y en el fondo las nieves eternas del Atlas destacándose bajo el azul del cielo á la altura de once mil pies. Mientras gozábamos á la vista de este espectáculo, nuestro guía mandó hacer alto á su tropa: todos rogaron por la salud del Emperador después de dar gracias á Alá por el buen éxito de su expedición.

» Marruecos está cercada de baluartes de 30 pies de altura, sobre cimientos de ladrillo, guarnecidos de cincuenta en cincuenta pasos, de modo que se cuentan seis mil torres al redor de la ciudad, y es necesario para entrar en ella atravesar once puertas. Sin embargo de esto la población es poco numerosa, pues gran parte del terreno está ocupado por los jardines. El palacio del Emperador situado al mediodía de la ciudad es una verdadera fortaleza.»

He aquí como refiere M. Beauclerk su presentación al sultán.

« Fuimos conducidos á un espacioso jardín, rodeado de una alta muralla y nutrido de muchos árboles frutales de varias clases. Apenas nuestro guía había dado dos pasos, cuando se detuvo como



El-Atari, calle principal en Tánger.



Entierro en Tánger.



Mercader marrueco.



Judia tangeriana.



Aldeano de las cercanías de Tetuan.

el Emperador no transigiendo con las exigencias de la civilización, cuya luz penetra en todos los rincones del mundo, conserva, según dicen, toda la arrogancia de un sultán unida á la intolerancia de un marabut.

¿Qué han hecho los moros y los árabes de ese hermoso país cuyo fértil suelo se repartieron? Nada. En

se dignan visitarnos, ni nos permiten entrar en su territorio no siendo en virtud de una autorización especial del Emperador. Por esta razón el imperio de Marruecos es poco conocido. La mayor parte de los viajeros que han podido permanecer allí algún tiempo han sido, como Lempière y Brow, médicos á quienes el Emperador ocupaba

gritar ¡Seedna! ¡Seedna! (¡Nuestro señor, nuestro señor)! Yo volví los ojos hácia donde él dirigía los suyos, y apercibí al sultán á la distancia de cuatrocientos pasos, que nos hacía con la mano señas para que nos acercásemos. Obedecimos á esta invitación, y después de saludarle nos cubrimos en tanto que nues-

tro intérprete, que era judío, se apresuraba á quitarse los zapatos.

Hablamos de la Inglaterra, que el Emperador miraba como su mas querida aliada; despues nos hizo amigablemente algunas preguntas acerca de nuestra salud, y dió orden para que nos enseñasen los jardines. Durante nuestra conversacion habia permanecido sentado sobre un cojín encarnado colocado en un poyo construido expresamente para este objeto. De este modo recibe siempre sus visitas no permitiendo á nadie sentarse en su presencia, á pesar de que sus maneras son tan sencillas como su traje.

» Voy á decir de que modo pasa el dia el Emperador de Marruecos. Levántase al amanecer, y despues de haber hecho sus oraciones se pasea solo y á pié por los jardines, dando órdenes á los trabajadores. A las ocho monta á caballo y galopa durante dos ó tres horas, acompañado por sus capitanes. La enfermedad que obligaba á reclamar los auxilios de mi compañero de viaje el doctor Brown (hemorroides) se habia agravado considerablemente con este ejercicio cotidiano que no quiso abandonar á pesar de los consejos del médico, diciendo: « Prescribime que no me pasee á caballo todos los dias es como mandarme abdicar. El caballo es el trono de los emperadores de Marruecos. » Concluido este ejercicio se retira al departamento de las mujeres donde permanece hasta las cuatro de la tarde entregado á los placeres del baño y demás deliciosos atractivos del harem. A las cuatro vuelve á la mezquita á hacer oracion y emplea el resto del dia en dar otro paseo á caballo ó en despachar algunos negocios.

» Muley Abd-el-Rahman es un vástago de la familia de los cherifes que posee el trono de Marruecos desde los principios del siglo diez y siete, y aunque la corona es hereditaria, no pertenece de derecho al primogénito sino al mas capaz, al mas inteligente al mas intrépido de los numerosos hijos del Emperador. »

No se conoce de una manera exacta la poblacion y recursos de este imperio. Los últimos datos publicados por los estadistas son los siguientes:

Estension, 13,712 millas cuadradas.

Poblacion, 14,800,000 habitantes.

Rentas, 23,000,000 de francos.

Ejército de tierra en tiempo de paz 36,000 hombres.

En tiempo de guerra, 100,000.

Fuerzas navales, 24 navios.

Además de las tribus de que hemos hablado, la poblacion del imperio de Marruecos cuenta un gran número de judíos que son mas bien tolerados que aceptados y que pagan cara la tolerancia, pues pagan enormes contribuciones hasta por disfrutar el derecho de usar zapatos, sin embargo de lo cual tienen obligacion de descalzarse siempre delante de una mezquita ó de cualquier personaje moro.

Damos hoy á nuestros lectores una vista de Tetuan, una calle de Tánger, una escena de matrimonio, un entierro y seis trajes. Algunos de estos dibujos han sido tomados precipitadamente desde un escondite, porque los habitantes de marruecos no permiten dibujar á los extranjeros.

La vista de Tetuan y los trajes no exigen ninguna explicacion.

La calle de Tánger se llama El-Atari y es la principal de la ciudad que atraviesa de Norte á Sur. Encuéntanse en ella las casas de los cónsules y las mejores tiendas del imperio. Por lo demás todas las casas se parecen unas á otras no representando mas que grandes moles cuadradas desprovistas de ventanas y con grandes azoteas.

M. Blanchard vió una boda en Tánger. La mujer entró en la ciudad á caballo sentada en una especie de jaula formada por pedazos de madera guarnecida de percal blanco y cubierta por arriba con una tela azul: dos moros sostenian esta jaula colocada sobre la silla del caballo. El novio á caballo tambien seguia á su futura conducida por dos de sus parientes, y detrás de los novios iba un numeroso acompañamiento. Los moros armados (y casi todos los moros tienen armas) al ver pasar la comitiva hacian descargas de fusil en señal de contento.

Aunque los moros tienen cuidado de velar los encantos de una novia, como de toda mujer, no tienen el mismo cuidado respecto á los muertos. Algunos pobres irán indudablemente vivos al cementerio, porque en Marruecos hay la costumbre de enterrar á las personas tan pronto como dejan de dar señales de vida, de modo que los que padecen la catalepsia y otras enfermedades que presentan durante algunas horas las señales de la muerte, no tienen auxilio contra una costumbre bárbara que les condena á ser sepultados vivos. M. Blanchard vió conducir el cadáver de un moro sobre una escalera, porque el deseo que allí tienen de enterrar á los muertos les hace echar mano de lo primero que encuentran cuando no hay facilidad de hallar pronto una caja.

BIBLIOGRAFÍA.

Animales célebres

LEON DE ESPAÑA.

Armas del reino.

Sabido es que los espectáculos del circo romano, en donde los condenados á muerte luchaban brazo á brazo con los mas feroces animales, ó las mismas fieras entre

si, á falta de víctimas humanas que sacrificar, no solo estuvieron muy generalizados entre los descendientes de Rómulo, sino que por espacio de mucho tiempo constituyeron su mayor deleite y diversion. De todos los puntos de la tierra, aun los mas lejanos, hacian traer aquellas famosas bestias que consideraban aptas para el combate, entre las cuales preferian comunmente los osos, tigres y leones, como de mas poder y sagacidad. Estos espectáculos, que por su índole parecerian propios y peculiares de las clases del pueblo, eran, por el contrario, patrocinados por la mas alta y distinguida nobleza, hasta el punto de que ilustres patricios, cuya fama ha llegado á nuestros dias, escogiesen como blason y emblema de sus timbres el retrato de aquella fiera á que por su astucia ó por su poder daban la preferencia entre las restantes. De aquí el que los ejércitos romanos que en tiempo de los Césares se derramaron por la península Ibérica en busca de riquezas y mando, trajesen todos en sus pendones, por via de enseña y distincion, las figuras de un oso, tigre, león ó fiera semejante, segun los instintos ó tendencias de la legion que representaban.

Una de estas, la séptima entre las catorce que invadieron el territorio español, vino á fundar una colonia junto á las márgenes del rio Estola y al pié de un inaccesible risco, en donde se levantaba una pequeña y miserable poblacion de vetones, á la que habia denominado Sublancia (hoy Soblanco), su fundador Sicano, rey de Hesperia. Los agrestes y sencillos habitantes de aquella comarca, que á la dulzura y afabilidad de su carácter unian tal valor y tan grande instinto de independencia como los mas independientes y valerosos, no pudieron nunca conformarse con la dominacion y yugo de sus nuevos señores: cada dia se rebelaban contra la legion opresora, y cada dia daban nuevas muestras del indomable arrojo de que se hallaban poseídos. Pero si fuertes en poder, eran demasiado débiles en número, y los lugartenientes de los Césares, que miraban con notable recelo á los vetones, juntaron sus aguerridas huestes, y llevados de un destructor instinto, arrasaron los edificios y fortificaciones de la pequeña poblacion, y con aquellos de sus moradores que sobrevivieron á la pelea, y los escombros de las miserables chozas de los valientes, fundaron en el llano una hermosa ciudad, á la cual dieron el nombre de Legio; nombre tomado, segun unos, del latin *legio*, que significa legion, ó aceptado, segun la opinion mas racional y lógica, del emblema del leon que llevaban impreso en sus banderas.

La sangre de los hijos de Sublancia, sembrada en aquellos campos, echó bien hondas raíces en el territorio de la nueva ciudad. Muchas generaciones no bastaron á borrar las huellas de los héroes.

Arrojados del confin hispano los vencedores de Sargunto, Ataulfo fundó un nuevo reino, que andando el tiempo vino á llamarse monarquía española. Apoderado Leovigildo del territorio de los suevos, y atento siempre al fomento de sus estados, organizó nuevamente aquellas tierras y reconstituyó de una manera estable la ciudad, conservándole su primitivo nombre de Leon. Los reyes godos siguieron por mucho tiempo en quieta y pacífica posesion de sus dominios, y así hubieran continuado eternamente, á no terciarse la corrompida corte de D. Rodrigo, que puso fin á la monarquía española en la memorable cuanto desgraciada batalla de Guadalete, donde triunfó el alfanje sarraceno.

Refugiados los cristianos á los montes Cántabros, vueltos en sí de su constante abatimiento, y afiliados en las huestes del invicto D. Pelayo, emprendieron la reconquista de sus tierras bajo la santa enseña de la Cruz. Bien pronto se vió libre Leon de la odiosa dominacion musulmana. Esta victoria, la mas preciada de cuantas conservan los anales españoles, proporcionó al ejército cristiano el gran blason que desde entonces le distingue y enaltece á los ojos de todos los pueblos del mundo.

Persuadido D. Pelayo de que sus tropas, fuertes en la pelea, sufridas en la adversidad, magnánimas en el triunfo, se asemejaban en un todo al potente, altivo y generoso rey de las selvas, mandó borrar las armas que los reyes godos solian pintar por divisa en sus escudos, y tomó por insignia propia del estandarte castellano la figura del leon rojo rapante en campo de plata, como emblema del noble y valeroso instinto de sus leoneses. Desde entonces Leon no fué el leon que recordaba las sangrientas luchas de los circos de Roma; no fué el leon que los lugartenientes de los Césares pintaban en sus escudos y oriflamas; no fué el *legio* de los tiempos de Ataulfo ni el leon de la época de Leovigildo: desde entonces el leon de los cristianos fué la personificacion de los cristianos mismos: fué la raza que germinó de la sangre de los invictos hijos de Sublancia: fué el instinto generoso y valiente que presidió al levantamiento de Pelayo; fué, por fin, la mas exacta muestra de la virtud y carácter de los españoles. Por eso D. Pelayo aceptó la figura del leon para su escudo, y le hizo rojo en conmemoracion de la sangre derramada en sus victorias, y le hizo rapante para demostrar que no depondria su encono hasta arrollar y destruir á los sectarios de Mahoma.

Desde entonces ya no se llamó el leon, leon del escudo de los cristianos, sino que, tomando una forma corporal y haciéndose de hueso y carne, si tal se nos permite decir, la figura colocada en la bandera no era otra cosa que el perfecto retrato de otro leon que andaba por el mundo, aguerrido y fuerte en la pelea, sufrido en la adversidad, magnánimo y generoso en el triunfo. Tal era el leon de España.

Este rey formidable, nacido en la escavacion de Covadonga, y criado á la inclinencia de los tiempos entre

el blandir de las armas y el fragor de la pelea, vivió, vive y vivirá eternamente mientras exista una sola gota de sangre española en las entrañas de los hijos de Hesperia.

El fué el que derrotó á Carlo-Magno en Roncesvalles; él destruyó en Clavijo á los mauritanos; él en Junquera no depuso sus garras hasta quedar exánime y sin vida; él conquistó á Toledo y á Lisboa por D. Alonso el VI; él acompañó al Cid Ruy-Díaz en el asalto y toma de Valencia; él venció en las Navas de Tolosa con D. Alfonso VIII, ganó á Córdoba y Sevilla por D. Fernando el Santo, destruyó á los sarracenos en el Salado, y acabó, por fin, despues de siete siglos de lucha y de desgracias, con la gente musulime, clavando la enseña de la Cruz en los inexpugnables muros de Granada. Él conquistó la Italia con Gonzalo de Córdoba, á Oran por el cardenal Jimenez de Cisneros, á Argel contra el furioso Barbaroja, y venció á Francisco I, rey de Francia, en la inolvidable batalla de Pavía. Él, con D. Juan de Austria, combatió en Lepanto contra las naves del invencible Alí, y eternizó el imperio de la ley de Cristo en nuestra patria; él luchó en las islas Terceiras, en Almansa, en Zaragoza, y aseguró en la accion de Villaviciosa la corona de España en las sienes de Felipe V; él derrotó en Tolon á los ingleses; y si en el desgraciado combate de Trafalgar quedó vencido, nunca alcanzó mas gloria que cuando destrozado y exánime combatia aun, hasta perder la existencia con la victoria; él, por último, volvió á erigir la rizada melená, repuesto apenas de tamaño revés, al escuchar las voces de invasion lanzadas desde el Pirineo por el Capitan del siglo; furioso entonces á la vista de una nueva dominacion y nuevo yugo, enervó sus abatidas fuerzas, la voz de la patria le prestó nuevo poder y brío, rugió en Gerona, en Zaragoza, en Madrid, en Bailen, en cien campañas mas; el eco de Daoiz y Velarde, de Alvarez, Castro y Mina, de Palafox y Castaños, dábale pujanza y poderío por do quiera, hasta que por término de tanta hazaña y de heroicidades sin cuento,

Al gran Napoleon hirió de muerte,
Y le entreabrió su tumba en Santa Elena.

Desde entonces el leon de España está dormido. No ha despertado, ni en una guerra desgraciada en que los padres combatian con sus hijos, las esposas con los esposos y los hermanos con sus hermanos. El leon se diferencia mucho del tigre. Hoy, echado á los piés del trono de nuestra Reina, y custodiando el escudo de nuestras libertades, asiste indiferente á esa gran lucha de los pueblos modernos, que, desatentados y sin saber á donde dirigirse, todo lo trastornan, y lo confunden todo. Muchos creen, porque no han nacido en el suelo de Iberia, que el leon de España se ha envejecido y acobardado. No es ya muy jóven: pero un paso mas para robarle los tesoros que conserva, y ¡ay del desgraciado que ose despertarle de su tranquilo sueño!...

DRAGON Y OSO DE MADRID.

Armas de la Villa y Corte.

Los historiadores y cronistas que en diferentes épocas se han ocupado de las grandezas de Madrid, convienen casi unánimemente en que, á mas del primitivo nombre de Mantua con que se conoció desde su fundacion el territorio de la que hoy es corte de las Españas, tuvo con posterioridad los de Viseria y Usaria, que justifican de una manera competente los atributos ó emblemas dibujados en las antiguas y modernas armas de la villa. Viseria viene á ser lo mismo que país del dragon; Usaria significa país ó lugar del oso; un oso y un dragon figuran en primer término al frente de las armas de Madrid: fácil nos será pues, en vista de estos datos, investigar el verdadero origen de los animales célebres, cuyo bosquejo hemos colocado á la cabeza de estos apuntes.

Las armas que usaba Madrid con anterioridad á las que hoy lleva, esto es, las que tienen por divisa el dragon, provienen del tiempo de los griegos. El dragon era entre estos fundadores y primeros habitantes de la villa, el animal en quien reconocian una vista mas perspicaz y aguda: cualidad que algunos suponen innata en él, y debida, segun otros, al conocimiento instintivo que este animal posee de una yerba propia para aclarar y adelgazar la vista. Ello es que los griegos, reconociendo como deciamos en el dragon un alcance de vista extraordinario, le usaban comunmente en sus escudos, simbolizando la prudencia y sabiduría, que no son otra cosa, en verdad, sino la facultad de prevenir los sucesos y las desgracias, viéndoles venir de muy lejos. Con tan noble enseña quisieron los pobladores de Mantua distinguir el territorio de su ciudad, y por eso colocaron en su escudo al dragon; y por eso la llamaron Viseria, que era lo mismo que apellidarla país de la prudencia y la sabiduría. El dragon pues constituyó en aquella época, y hasta la venida de los romanos, el escudo de armas de Madrid, cuyo emblema, si no se conservase aun hoy en láminas y monumentos modernos, le tendríamos fácilmente á la vista hecho y labrado de aquellos tiempos en una piedra que se guardó del derribo de la Puerta Cerrada, donde existia, y que segun un célebre historiador de Madrid, se empotró despues en una pared de la casa de los Estudios.

Con la desaparicion de los griegos de la que hoy es corte, desapareció tambien el dragon que simbolizaba á las gentes de aquella antigua república, viniendo á ser sustituido por el emblema que usaban comunmente los nuevos dominadores de Mantua.

Conocidas son las razones en que los romanos se fundaban para pintar en su escudo alguna de las fieras á que mas afición tenían, según la bravura y destreza que hubiesen demostrado en el circo. Pues bien: así como la legion que descargó sobre el pequeño pueblo de Sublancia llevaba por insignia al león, y le dejó por nombre y por divisa, así la que vino á caer sobre Ursaria debió llevar un oso, que quedó asimismo por escudo y por nombre de la ciudad.

Esta es la version mas reconocida y auténtica entre las muchas que circulan respecto al antiguo nombre de Ursaria y á la figura del oso que se destaca en el escudo de Madrid. Con efecto, la generalidad de los cronistas afirma que Madrid se llamó país de los osos, por los muchos animales de esta especie que poblaban las selvas de su territorio; y aun hay quien asegura que, hallándose los Reyes Católicos en la villa, salieron un día á caza por las orillas del Manzanares, y mataron con sus propias armas un oso formidable que les salió al encuentro; de donde quieren hacer partir el emblema del oso que aparece en las armas de la municipalidad. Pero ambas opiniones se destruyen por sí solas ante la que dejamos apuntada en un principio; tanto porque los osos fueron tan comunes en Madrid, como en cualquier otra parte, cuanto por el anacronismo y completa ignorancia de fechas que se advierte en los sostenedores de la segunda version.

Madrid tiene en sus armas el oso desde el tiempo de la dominación romana; y no solo la municipalidad de la villa usó desde fecha inmemorial el emblema del oso, sino que ese mismo era, y aun es ahora, el que lleva en las suyas la clerecia del territorio. De esta mancomunidad de divisas nació precisamente la idea de colocar al oso sostenido en los piés, y asiéndose de manos al tronco de una madroñera. Sucedió que entre el cuerpo municipal y el cabildo eclesiástico de la villa se entabló un pleito de grande importancia, acerca de la posesion y aprovechamiento de inmensos terrenos de pastos y arbolado. Mucho tiempo tardó en dirimirse la contienda, pues si razones alegaba en su abono el cabildo civil, no de ménos valer las presentaba en el suyo el eclesiástico; y tal vez hubiera durado eternamente el litigio, á no haberse decidido que la clerecia se apoderase de los pastos, mientras el ayuntamiento se hiciese con la propiedad del arbolado. Y para significar de una manera estable este acuerdo, se dispuso tambien que el oso de la villa estuviese empinado sobre el madroño, árbol muy comun entre los que se disputaban, y que la osa ó el oso de la clerecia (pues en esto se hallan discordes los cronistas) se le dibujase en su actitud natural, pastando en los sembrados. De esta manera se conservan al presente, distinguiéndose además el oso del escudo municipal en que está dibujado sobre fondo de plata, orlado de una cenefa azul con siete estrellas, y adornado con una corona imperial.

Tal es la historia del dragon y oso de Madrid. De origen griego el primero, y romano el segundo, parece como que comprenden un solo pensamiento, si se atiende á que ambos son animales feroces, y á que ambos figuran en una misma parte; pero nada ménos que eso. El dragon, emblema de un pueblo ilustrado y filósofo, representa la prudencia y la sabiduría; el oso, emblema de un pueblo que, por mas que nos digan lo contrario, bien podemos llamarle corrompido y salvaje, representa la destruccion, la sangre y la matanza. Véase pues cómo aunque parezcan una cosa misma, hay una diferencia muy notable entre la significacion y el origen del dragon y del oso de Madrid.

Revista de la moda.

SUMARIO. -- Un baile en el Luxemburgo. -- Un bosquecillo de Trianon y el busto de la emperatriz Eugenia. -- Tres trajes de baile, de tres lindas mujeres. -- Las flores naturales triunfan por todas partes. -- Los sombreros que no son sombreros. -- El sombrero imperial, el sombrero duquesa y el sombrero Faridondaine. -- Cuatro tocados á la moda, dignos del siglo de Luis XV. -- Declaracion de guerra entre los corpiños cortos y los de faldetas. -- Vandalismo de la tijera de las costureras á propósito de las mangas. -- ¿Porqué las esclavinas no llevan capuchon? -- Lo que es un capricho. -- Descripción del figurin.

¡Un baile en el Luxemburgo! ¡Cuántas promesas elegantes y graciosas en tal palabra!... ¡Un baile!... al instante se ven aparecer frescos y brillantes trajes, hermosos hombros, miradas dulces y veladas por el placer; se respira el perfume de las flores, se oyen los ecos de la música alegre que parece evocar el gozo y el olvido... ¡Un baile!... ¡es la felicidad fugitiva y pasajera de unas cuantas horas, es un sueño, un recuerdo, ó una esperanza! -- Entremos, pues, en el baile del Luxemburgo, previniendo ántes al lector que nos hallamos en casa de M. Troplong. Decíase que la diosa de las flores había bajado de su trono de lilas y de rosas para presidir en persona al adorno de los salones. Los espejos estaban con un marco de flores, serpenteando y enlazándose graciosamente entre las maderas doradas. No se me diga que las flores no son coquetas, y que no son hermanas de las mujeres. Los mármoles de las chimeneas parecían parterres de flores; era aquello el palacio de Flora, la nueva Médicis de los jardines del Luxemburgo. En un saloncito verde que parece un fresco y misterioso bosquecillo de Trianon, estaba el busto de la emperatriz Eugenia en medio de un canastillo de rosas, de lilas, de camelias, y de jazmin de España. ¿Y en qué otra parte mejor podía haberse colocado? Las flores son amigas de las flores. M. Troplong tuvo esto muy presente cuando quiso rendir un homenaje á la joven y graciosa soberana.

En cuanto á los trajes, principiando por madama Troplong, dirémos que llevaba un vestido de gasa de un blanco tan puro, que con las luevas parecía plateado. La falda estaba adornada

con siete volantes terminados por anchos vivos de oro. El corpiño llevaba sostenido por un ramillete de lilas blancas. -- Las mangas tambien afolladas, llevaban por adorno un lazo de lilas blancas. Su tocado era un pouff á la Emperatriz, esto es, una cinta blanca rayada de oro, cayendo con puntas flotantes, con lilas blancas. Tengo que explicar lo que es un pouff á la Emperatriz, porque este tocado tiene un éxito inmenso. Es un ancho cogollo de cintas, de cabellos ó de flores, colocado muy bajo, y cayendo sobre el suelo; es el estilo griego en toda su coquetería.

Este tocado se parece un poco á los rodetes del tiempo de la Dubarry; pero volvamos á los trajes.

La señora condesa de Murat, esa hermosa mujer que desde hace tres años está de luto, lo que le sienta tan bien, que parece que el luto ha sido inventado para ella, llevaba un vestido de tafetan blanco adornado con un bordado enteramente original, bajo el punto de vista del arte y de la elegancia. La falda llevaba cuatro volantes dobles, un poco sobrepuestos y cortados con el saca-bocados. Cada doble volante estaba bordado de bellotas de hilos de oro y de seda violeta, cayendo sobre una hermosa onda.

El quinto volante representaba una túnica bordada de bellotas de oro y de seda violeta. En cuanto al corpiño, que era aplastado y muy escotado, llevaba afollados ricamente bordados como los volantes. Este género de afollados es de un estilo enteramente nuevo, y no se parece en nada á los pliegues anchos y huecos que tambien se llevan. -- Las mangas estaban en relacion con los afollados, con dobles guarniciones de punto de Inglaterra.

El tocado consistía en un pouff de violetas de crespon con violetas de encaje de oro, sostenidos por lazos de cintas de tafetan blanco cayendo en bellotas de oro. Un gracioso ramillete de violetas, con cintas blancas y bellotas de oro, se destacaba sobre los hombros.

Una linda marquesa llevaba un traje de color de rosa, que le daba las apariencias de una nube. Sobre una falda de tafetan color de rosa descollaban cinco volantes de lo mismo, cortados á grandes bocados y cubiertos con un medio volante de crespon color de rosa cortado, con cuatro blondas encima ligeramente aconchañadas. El corpiño de tafetan rosa llevaba presillas de blonda y solapas de crespon color de rosa. Un largo cordon de rosas de mayo pasaba en forma de diadema, bajo dos bandas de pelo afolladas, y se enroscaba en torno de un tocado fantástico, formado de ligeros crespones.

En cuanto á guirnaldas de flores, todas eran de lilas, de primavera y de violetas. La naturaleza triunfaba de los oropeles. Las flores creadas por Dios son mil veces preferibles á las imitaciones artificiales, y las señoras dieron una prueba de buen gusto, llevando todas las flores naturales.

Pero dejemos el baile del Luxemburgo, y pasemos á las novedades de primavera.

¿En qué estamos de sombreros?

Siento mucho tener que decir á mis lectoras que ya no se llevan sombreros; porque lo que hoy se gusta en la cabeza es tan pequeño, que parece mas bien un tocado, una verdadera papalina, y no lo que llamamos un clásico sombrero.

Pero esta moda es elegantísima y sienta admirablemente bien á las mujeres, porque les da mucha mas gracia y desenvoltura.

El hablar aquí de esos sombreros fantásticos sin armazon, me parece lo mismo que ponerme á contar cuentos sobre la luna. Hay que creer en ellos sin verlos; el género es el perfume de la elegancia, y los perfumes es cosa que se siente, sin que pueda describirse.

Pero en resumen, se me preguntará ¿cómo están hechos los tales sombreros?

Rara vez los sombreros tienen lo que se llama casco. El armazon se halla graciosamente inclinado, y cae sin esfuerzo, sin que se note nada. Aquí el armazon es un volante de blonda y otro de crespon, con una franja de plumas, ó con ramitos de flores. No citaré mas que tres sombreros de estos. El primero se llama sombrero imperial, y se compone de hojas de paja de arroz y de volantes de blonda ligeramente bordada de oro. El casco se halla atravesado por una hoja de paja de arroz, muy baja, dejando caer tres volantes de blonda de oro: el borde es una diadema de lilas blancas, de rosas color de cereza y lazos de blonda de oro. A cada lado del casco salen hermosas plumas salpicadas de oro, que se mezclan graciosamente con la diadema de flores.

El segundo es un sombrero duquesa con el horde ruche de blonda, entre bucles de cinta de gasa. Es un verdadero copo de nieve; parece un ribete primaveril de clavellinas blancas, ó bien un precioso ramillete de flores. Lo demás del sombrero consiste en una porcion de pequeñas ondas caprichosas afolladas de gasa blanca y de blondas. Por un lado del casco se ve un ramo de nenufares de crespon blanco, con hojas de crespon y con flores. Nada puede inventarse que sea mas vaporoso ni ligero...

El tercer sombrero se llama á la Faridondaine. No se le puede comparar sino con una mariposa; es seguro que echaria á volar si tuviera alas. Dichosamente es de blonda ó de encaje, sobre fondo de paja ó de tafetan. Existe una florecilla llamada la desesperacion del pintor por lo pequeño, y por lo caprichoso de sus dibujos y colores. El sombrero Faridondaine se parece mucho á esta florecilla; nadie puede verle sin sonreírse de admiracion.

¿Pero qué peinado va bien con tales sombreros! Hay cuatro clases de peinados.

El tocado formado con los cabellos se pone tan á la moda como en tiempo de Luis XV.

Hay cuatro tocados: las bandas afolladas y onduladas; el tocado á la Ferroniere, el tocado á la Rodomengo, y el tocado á la emperatriz Eugenia.

Las bandas afolladas son para el tocado sencillo y ordinario. -- El tocado Ferroniere es una banda afollada con un terciopelo ó una trenza de cabellos. -- El tocado Eugenia tiene mas distincion y mas gracia que los dos precedentes, pero solo pueden llevarlo las mujeres hermosas.

Para este tocado se sacan las rayas como para las bandas ordinarias, echando los cabellos sobre la cara. Sobre cada banda se pone una especie de bucle, y se alzan los cabellos por la raíz sobre sí mismos, como figurando un peinado griego. Para adornar las sienes se ponen dos ricitos, ó dos pequeños bucles Sevigné. Por detrás se disponen los cabellos en pouff á la Emperatriz.

En cuanto al tocado Rodomengo, se saca primeramente una raya derecha, cortada por dos rayas de lado, trazadas mas hácia atrás que para las bandas ordinarias. Las bandas se separan horizontalmente por mitad. La primera banda es aplastada ó ondulada, y se halla atravesada por una trenza, un terciopelo ó un cordon de flores. La segunda banda sostenida por un bucle, se trae derecha sobre sí misma, y se une con la primera banda hácia la punta de la oreja. Por detrás se hace un rodete á la Dubarry ó un lazo de amor.

Mis lectoras me perdonarán que entre en unos detalles tan minuciosos sobre el peinado; pero yo me hago modista, peluquero ó costurera alternativamente, con el fin de cumplir mi cometido de pasar en revista las modas parisienses.

Si me pongo á contar ahora la oposicion que se hacen los corpiños largos y los corpiños cortos, estoy segura de no divertir á mis lectoras, y sin embargo, este es un asunto tan útil como importante.

Los corpiños con faldetas triunfan, gracias á la emperatriz Eugenia que no lleva otros. Todos los vestidos tienen volantes con profusion, lo que exige enaguas bien almidonadas, porque los vestidos de volantes no son graciosos si no van huecos. -- Las mangas son tan caprichosas, que verdaderamente no sé cómo describir algunas de ellas; ya no son mangas, lo mismo que los sombreros no son sombreros. Diríase que las grandes costureras furiosas por no haber inventado nada nuevo, mutilan el tafetan sin razon alguna. Hay aberturas enormes en algunas, y otras van abiertas por todas partes. Nada detiene el vandalismo de las tijeras, y es seguro que uno de estos días voy á tener que anunciar los corpiños sin mangas. A fuerza de querer salir con cosas raras, se llega á lo feo y á lo ridículo.

Lo que por el contrario es preciosísimo es la esclavina Lavallière, la que llaman á la Luis XV, y la denominada á la buena mujer. Y no hay que espantarse de esta palabra buena mujer, porque las esclavinas á la orden del día las llevan las jóvenes mas elegantes y mas aristocráticas. La esclavina es mucho mas graciosa y distinguida que toda otra cosa que no dibuja bastante las formas, y que por consiguiente las roba sus encantos. La esclavina es prenda de mucho lujo. Los modelos mas nuevos y bonitos son sin capuchon, porque el capuchon con el sombrero no sienta nada bien. Antiguamente cuando se llevaban polvos en la cabeza, papalinas á la Dubarry y peinados á la Luis XV, pudo estar muy bonito el capuchon, pero hoy no. En las esclavinas de primavera se ponen volantes de encaje ó de tafetan cortado, que parecen capuchones caídos, aunque no lo son.

Después de las esclavinas, porque por bonito que esto sea no pasará de la primavera, se llevarán manteletas-chaes.

— ¿Pero serán verdaderas manteletas?

— No por cierto.

— ¿Serán chaes?

— Tampoco.

— ¿Entonces qué nombre hemos de dar á esa graciosa prenda que va á reemplazar á las esclavinas?

Es una cosa mas pequeña que la manteleta, y ménos ancha y recta que el chal.

Yo bautizo la novedad con este nombre: un capricho. Todas las elegantes lo llevarán por dos razones, primera porque los caprichos gustan siempre, y segunda, porque, sin quererlo, se enseñará un bonito talle, cuando le haya.

Nada puede imaginarse mas distinguido y mas bonito que un capricho de color de violeta, con un ribete de terciopelo negro labrado. En nuestro figurin hay un modelo de esto.

La graciosa joven que está sentada lleva un capricho de tafetan de color de violeta. -- En lugar del terciopelo labrado, se ve un encaje de Chantilly con dibujos de mucha riqueza. -- El vestido de la bonita paseante es de tafetan verde de primavera, con una falda adornada con tres volantes, cada uno con dos ruches de cintas ondulantes. El corpiño lleva una pieza Watteau completamente calada, con presillas de cintas. Las mangas interiores blancas y el cuello son de encaje. -- La sombrilla marquesa es blanca de muaré, con mango de márfil esculpido. En cuanto al sombrero, es de paja de Italia, calado, con flores silvestres. Por detrás se ven lazos de cintas, ramitos de flores, y muchas blondas que forman una oposicion muy graciosa. Las cintas para atarle tienen todos los colores de las flores.

La hermosa coqueta está hablando con una elegante marquesa, y parece que le da un consejo.

— ¿Qué la estará diciendo?...

En la mirada escéptica, por decirlo así, parece que se ve pintado un desengaño. Seguramente está diciendo á la marquesa que es una locura creer en el amor.

Pero la marquesa se sonríe de un modo tan incrédulo, que es fácil conocer que se halla muy segura de sus sentimientos. Su traje es primoroso por su sencillez y elegancia. Nunca se viste como todo el mundo. Por lo mismo que ya no se llevan sobretodos semi-ajustados, la marquesa tiene uno de tafetan color de castaña, con guarnicion negra. Las mangas son abiertas y cuadradas, y van abotonadas á la cracoviana. Este sobretodo hace que se luzca el aristocrático talle de la hermosa incrédula. -- Su vestido es de tafetan ceniciento, sin ningun adorno en la falda. El corpiño es alto y con faldetas, y va adornado con una pequeña ruche cortada con el saca-bocados. Las mangas y el cuello son de ricas valencienas con picos. Los guantes son de color de paja con doble boton: lleva brazaletes de terciopelo negro, cerrados con tres botones de oro labrado. Su sombrero se compone de hojas de paja de arroz, y de volantes de blonda, con un ramo de plumas, rodeado de una coronita de anchas margaritas de plumas. Por dentro se ven muchas margaritas entre una niebla de blondas.

Vizcondeza DE RENNEVILLE.

Catástrofe causada por una avalancha.

A 9 de abril de 1853. — El deplorable acontecimiento que vamos á contar aquí ocurrió en las cercanías de Embrun. Tres hombres volvian de un pizarral situado en la montaña de Chateauroux, á una legua de distancia de la ciudad. Hacia pocos dias que la nieve, sin haber descubierto enteramente la montaña, les permitia trabajar en el pizarral, y concluida su tarea volvian á la caída de la tarde cargados con el producto de su peligroso trabajo al seno de sus familias. El tiempo habia estado caluroso, lo cual habia ablandado en extremo la nieve de la montaña, y habia precipitado la caída de las terribles avalanchas, que son el azote de nuestra comarca. En el mismo instante en que nuestros tres trabajadores atravesaban la última garganta donde habia peligro, una enorme masa de nieve se desprendió de lo alto de la montaña, arrastrándolos consigo. Por aquel sitio la estrecha garganta sirve de madre á un torrente que se precipita al valle á corta distancia. Dos de aquellos desgraciados se quedaron á unos trescientos metros del sitio donde les cogió la nieve, pero el otro siguió el curso del torrente, y envuelto en el torbellino de nieve y agua, cayó despeñado al precipicio que se abria á la extremidad de la garganta, á 1,300 metros de altura. Por un acaso incomprendible, la avalancha en vez de llevarle consigo hasta el pié de la roca, le dejó á una tercera parte de su altura, sobre una plataforma como de un metro. Al punto se supo esta degracia, y la gente que acudió descubrió á los dos desgraciados que se habian quedado al borde del precipicio, y luego al otro que estaba sobre la plataforma. A los dos primeros se les pudo sacar bien luego de su angustia, pero en cuanto al otro, costó mucho trabajo para sacarle de su tumba aérea. Para llenar este noble deber, ayer al amanecer veinte hombres provistos de muy fuertes maromas, y guiados por el alcalde, y por el hijo de un valiente general del Imperio, trepaban por la montaña hácia el sitio de la catástrofe. Imposible les fué llegar di-



rectamente al cadáver; pero pudieron seguir la vena de una roca que les condujo á unos 50 metros sobre el sitio donde yacia su infortunado compañero. Llegados allí se pusieron á la obra; echaron las maromas, y ocho de aquellos hombres animosos, sólidamente atados, fueron bajados por sus compañeros formando escala sobre los ángulos de la roca, desde donde ayudaron todos juntos á bajar al que debia, por decirlo así, lanzarse en el abismo, hasta el sitio donde estaba el cadáver.

Este hombre, cuyo nombre no quiero olvidar, se llamaba Guillermo Garcin. Como los demás, se ató por la cintura, y principió á bajar lentamente hácia el abismo; llegado á la pequeña plataforma donde estaba el cadáver, le envolvió en una mortaja que llevaba consigo, le ató fuertemente á la maroma, é hizo una señal á sus compañeros que subieron lentamente aquel cuerpo inanimado. El cadáver, tirado por los hombres de arriba, con ayuda de los que estaban escalonados, iba subiendo despacio, cuando de repente, tropezando contra un pico de la peña, fué lanzado horizontalmente, y vino á pegar contra uno de sus salvadores. Entónces se oyó un grito espantoso, pero no habia sucedido ninguna desgracia, porque el mismo cadáver que habia estado á punto de causar un nuevo accidente, sirvió de remedio; el infortunado contra quien pegó, alargó instintivamente la mano, y se agarró con fuerza á la mortaja.

Por fin, el difunto llegó al puerto de salvacion; los vivos fueron libertados poco despues del mismo modo. Una buena lumbre les reanimó y les secó, porque durante toda la operacion, se habian estado mojando con el agua de la cascada.

Concluida la noble y generosa accion de estos buenos campesinos, se volvieron á la aldea, donde inmediatamente se procedió á dar sepultura á la víctima.}

C.

AVISO AL PUBLICO,

La importancia de nuestra publicacion, la primera sin duda en su género de cuantas se han ensayado hasta aquí en idioma español, así por las interesantes materias que comprende como por la excelencia de sus grabados y el esmero de su parte tipográfica, nos hizo esperar, ántes de emprenderla, que el público americano la dispensaria una favorable acogida, y en esta persuasion hicimos desde luego una larguísima tirada. Nuestro pronóstico se ha

realizado, ó por mejor decir, el éxito ha sobrepasado en mucho á nuestras esperanzas; pues segun los pedidos que en cada correo nos llegan de distintos puntos de América, pronto se agotará la edicion de los números que llevamos publicados.

En consecuencia de lo dicho, hemos resuelto aumentar considerablemente la tirada desde el TOMO SEGUNDO que empezará en el número 27 de esta PARTE ILUSTRADA Y LITERARIA del Correo de Ultra-

mar. Pero como nos seria muy difícil por ahora hacer una nueva edicion de los números que han de formar el primer tomo, advertimos á las personas que piensen suscribirse á nuestro periódico, que deben apresurarse si quieren tener completa la coleccion; pues, como llevamos manifestado, los pedidos que de todas partes recibimos, son tan numerosos que dentro de poco se habrán agotado los ejemplares existentes.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GERDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION:

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacifico.	15	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15	»	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	»
Para Puerto Rico.	13	50 macuquinos			
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	»			
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes			
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	»			
Para la provincia de Cúmana.	12	75			

PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA
 PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.
 Para Veracruz y Tampico. 20
 Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdoba, Orizaba. 22
 Para el interior de la República Mejicana. 29

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna. Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. Richard HAYNES.	Quito.	MM. Alfonso PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE y Ca.
Arica.	— BILLINGURST y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE y ENGELKE.	Santo Domingo.	— Dr MORINGLANE.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.	Lima.	— José MACIAS.	Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).	— VASQUEZ CÓRDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAU.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Trujillo del Perú.	— Andrés ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— LUCIEN É HIJO.	Monpoa.	— J. M. PEREIRA.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Id.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER y Ca.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— Emilio PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH y C.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cartajena.	— J. Maria CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Cali.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA y GIL.
Ciudad Bolivar.	— ARTOLA y Ca.	Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.	Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.